

La hora del decrecimiento

**Serge Latouche y
Didier Harpagès**



con vivencias

La hora del decrecimiento

Serge Latouche y
Didier Harpagès



Octaedro 

Serge Latouche
Didier Harpagès

La hora del decrecimiento

Traducción de Rosa Bertran Alcázar

Octaedro 

Colección Con vivencias

1 . *La hora del decrecimiento*

Título original: *Le temps de la décroissance*,
Éditions Thierry Magnier, 2010

Traducción al castellano de Rosa Bertran Alcázar

Primera edición en papel: junio de 2011

Primera edición: noviembre de 2013

© Éditions Thierry Magnier, France, 2010

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5, pral. – 08010 Barcelona

Tel: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

www.octaedro.com –
octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-9921-342-2

Depósito legal: B. 28.224-2012

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Fotografía de la cubierta: Ingimage
Realización y producción: Editorial Octaedro

Digitalización: Editorial Octaedro

› Ha llegado la hora

En los años sesenta, el humorista Pierre Drac advertía: «Es aún demasiado pronto para decir si es ya demasiado tarde». Desgraciadamente, hoy en día este ya no es el caso. Tras el cuarto informe del IPCC (Grupo intergubernamental de expertos sobre el cambio climático) del año 2007, y más aún tras su actualización por los climatólogos en la reunión de Copenhague de marzo de 2009, sabemos que en lo sucesivo es demasiado tarde. Incluso si detuviéramos de un día para otro todo lo que engendra un rebasamiento de la capacidad de regeneración de la biosfera (emisiones de gas de efecto invernadero, contaminaciones y depredaciones de toda naturaleza), dicho de otro modo, aunque reduzcamos nuestra huella ecológica hasta el nivel sostenible, tendremos dos grados más antes de finales de siglo. Esto significa zonas costeras bajo el agua, decenas si no cientos de millones de refugiados del entorno,¹ importantes problemas alimenticios, escasez de agua potable para muchas poblaciones,² etc. Dicho de una forma más prosaica: «Es de temer que la expresión “respirar aire puro” sea para nuestros hijos un uso de las lenguas muertas».³

En diciembre de 2009 tuvo lugar en Copenhague la cumbre de la ONU sobre el clima al final de la cual los diferentes Estados debían llegar a un acuerdo con el fin de frenar el alza global de las temperaturas. Fue, una vez más, la cumbre de la incoherencia. Los gobiernos actúan sobre la marcha, privilegian el corto plazo y mantienen su ideología del crecimiento. La demagogia verbal, los anuncios al inicio de la conferencia y las gesticulaciones mediáticas parieron finalmente unos compromisos insuficientes o poco apremiantes que no impedirán la realización de proyectos controvertidos como, por ejemplo, el desarrollo de la red de autopistas francesas, acompañado de una reactivación de la industria del automóvil sustentada de manera espectacular por nuestros dirigentes políticos. ¡No habremos pues evitado lo peor!

En 1974, René Dumont, agrónomo y candidato ecologista a las elecciones presidenciales, nos había advertido: «Si mantenemos la actual tasa de expansión de la población y la producción industrial hasta el próximo siglo, este no terminará sin el hundimiento total de nuestra civilización.⁴ Por su parte, el filósofo André Gorz insistía de nuevo en 1977: «Sabemos que nuestro mundo se extingue; que si continuamos como hasta ahora, los mares y los ríos serán estériles, las tierras carecerán de fertilidad natural y el aire resultará irrespirable en las ciudades y la vida constituirá un privilegio al que solo tendrán derecho los especímenes seleccionados de una nueva raza humana [...].»⁵

Hoy la catástrofe ya se ha producido. Vivimos la sexta extinción masiva de las especies.⁶ La quinta, que se produjo en el Cretácico hace sesenta y cinco millones de años, había visto el fin de los dinosaurios y de otros grandes animales, probablemente a consecuencia del choque de un asteroide. Sin embargo, esta sexta extinción presenta tres diferencias no desdeñables en relación con la precedente. De entrada, las especies

(vegetales y animales) desaparecen a una velocidad de cincuenta a doscientas al día,⁷ un ritmo de 1.000 a 30.000 veces superior al de las hecatombes de los pasados tiempos geológicos.⁸ Para el reino animal, se ha pasado de un ritmo de extinción de las especies de una cada cuatro años antes de la era industrial a aproximadamente 1.000 al año (!)⁹ Además, el hombre es directamente responsable de la actual «deplicación» de lo vivo. Por último, el hombre bien podría ser su principal víctima... Si hemos de creer a algunos, el fin de la humanidad debería llegar incluso más rápidamente de lo previsto, hacia el año 2060, por esterilización generalizada del esperma masculino bajo el efecto de los pesticidas y otros contaminantes orgánicos persistentes cancerígenos, mutagénicos o tóxicos para la reproducción.¹⁰

«El ritmo de extinción de las especies se ha acelerado.»

La sexta extinción de las especies sería debida a la sobreexplotación de los medios naturales, a la contaminación, al fraccionamiento de los ecosistemas, a la invasión de nuevas especies depredadoras y al cambio climático. Nuestro modo de producción provoca una aceleración de este fenómeno. La agricultura productivista, orgullo de nuestros políticos, viene guiada de entrada por el deseo de la productividad. El monocultivo, las manipulaciones genéticas y la patentabilidad de lo vivo al servicio de los intereses de los grandes grupos del negocio agrario son sus ilustraciones más destacadas. Resultado: según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) en el transcurso del último siglo se han perdido aproximadamente las tres cuartas partes de la diversidad genética de los cultivos agrícolas.

De una manera más general, ¿quién es responsable de todo esto? Expertos en economía nos demostraron que el desarrollo había permitido alimentar a millones de hombres, pero se abstuvieron de decir que esta máquina, siguiendo su curso, se volvía infernal hasta engendrar hoy un crecimiento excesivo, o en otras palabras, un desarrollo parasitario. Podemos incluso hablar de una verdadera excrecencia comparable a la metástasis de un cáncer. La excrecencia es el crecimiento que sobrepasa la huella ecológica sostenible y que, en el caso de Europa, correspondería al consumo excesivo, es decir, a un nivel de producción que en general sobrepasa el nivel capaz de satisfacer las necesidades «razonables» de todos. Más allá de un determinado umbral, el coste marginal del crecimiento supera en mucho sus beneficios. Paradójicamente, todo sucede como si la perspectiva de un suicidio colectivo nos pareciera menos insopportable que el replanteamiento de nuestras prácticas y el cambio de nuestros modos de vida.

«Podemos hablar de una verdadera excrecencia

comparable a la metástasis de un cáncer.»

«Los niños que vamos a traer al mundo, cuando alcancen la edad madura, ya no utilizarán ni el aluminio ni el petróleo; [...] en caso de realización de los actuales programas nucleares, los yacimientos de uranio ya estarán agotados»,¹¹ precisa asimismo André Gorz.

Al emprender, hacia 1850, la vía «termoindustrial», Occidente pudo dar consistencia a su deseo de adherirse a la razón geométrica, es decir, al crecimiento infinito, sueño que se desarrolla desde al menos 1750 con el nacimiento del capitalismo y de la economía política. No obstante, será solo hacia 1950, con la invención del *marketing* y el consiguiente nacimiento de la sociedad de consumo, que la utopía llegará a su plenitud y el sistema podrá liberar todo su potencial creador y destructor. Actuando así, construye las estructuras de la catástrofe. El año 2050 podría marcar el fin de la sociedad de crecimiento. El sueño se habrá convertido en una pesadilla. El gran astrónomo Martin Rees da a la humanidad una posibilidad sobre dos de sobrevivir al siglo veintiuno.¹²

«Alto al crecimiento» fue el título francés del primer informe del Club de Roma publicado en 1972. Su conclusión precisaba que el crecimiento ilimitado bajo todas sus formas era imposible ya que el planeta era un mundo finito. Treinta años más tarde, un nuevo informe, realizado por los mismos investigadores, lanza una advertencia rigurosamente idéntica.

Podemos ser escépticos, claro está, acerca de los trabajos de futurología, aunque tienen el mérito de ser infinitamente más serios y sólidos que las habituales proyecciones (que no hacen más que prolongar las torpes tendencias existentes) sobre las que se apoyan nuestros gobernantes y las instancias internacionales. A partir de un modelo simplificado que representa el funcionamiento del sistema, los autores del informe de 2004 exploran nueve escenarios partiendo de otras tantas hipótesis sobre la evolución de las variables. Salvo el que se apoya sobre una fe propiamente «cornucopiana» (fundada sobre el mito del cuerno de la abundancia y de la ausencia de límites), los demás escenarios, sin poner en duda los fundamentos de la sociedad de crecimiento, desembocan en su hundimiento (colapso) con tres variantes principales. La primera lo sitúa hacia el año 2030 debido a la crisis de los recursos no renovables, la segunda hacia 2040 debido a la crisis de la contaminación y la tercera hacia 2070 debido a la crisis de la alimentación.

Un solo escenario es a la vez creíble y sostenible, el de la sobriedad, que constituye la base de la vía del decrecimiento.

¡El decrecimiento! La palabra aparece por primera vez en 1979 en la traducción francesa de la obra principal del ecologista rumano Nicholas Georgescu-Roegen.¹³ Sin embargo, la llamada a la construcción de un proyecto político bajo esta etiqueta no se lanzó realmente hasta 2002. En lo sucesivo el decrecimiento es reivindicado sin complejos. El movimiento de objeción al crecimiento, nacido en los años setenta con el informe del Club de Roma y la conferencia de Estocolmo sobre el medio ambiente,

encontró su provocador eslogan. El decrecimiento intriga, inquieta, pero inspira también a un número aún más importante de personas que hoy se atreven a hacerse llamar objetores del crecimiento o incluso dimisionarios del crecimiento.

¡La hora del decrecimiento ha llegado! Y la sociedad de la sobriedad voluntaria que emergerá de su estela supondrá trabajar menos para vivir mejor, consumir menos pero mejor, producir menos residuos, reciclar más... En pocas palabras, recobrar el sentido de la medida y una huella ecológica sostenible.

«La sociedad de la sobriedad voluntaria supondrá trabajar menos para vivir mejor.»

Pero esto no puede hacerse sin una ruptura de nuestros hábitos y por lo tanto de nuestras creencias y nuestras mentalidades. Inventar la felicidad en la buena convivencia más que en la acumulación frenética supone una importante descolonización de nuestros imaginarios, pero las circunstancias pueden ayudarnos a dar el paso.

Para realizar esa ruptura, es necesario primero comprender su necesidad y saber por qué hemos llegado a este punto. Sobre todo, es preciso dibujar el posible contenido de una sociedad del decrecimiento con el fin de que los nuevos tiempos no parezcan catastróficos ni traumáticos.

1. 50 millones en 2030, 200 millones en 2050 y hasta 2000 millones a finales del siglo XXI según el último informe del IPCC.

2. La UNESCO estima que entre 2.000 millones (hipótesis a la baja) y 7.000 millones (hipótesis a la alta) de personas carecerán de agua en el año 2050.

3. MARTIN, Hervé-René, *Éloge de la simplicité volontaire*, Flammarion, 2007, pág. 46.

4. DUMONT, René, *À vous de choisir, l'écologie ou la mort*, Pauvert, 1974.

5. GORZ, André, *Écologie et liberté*, Éditions Galilée, 1977, pág. 13 [trad. cast.: *Ecología y libertad*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979].

6. LEAKEY, Richard y LEVIN, Roger, *La sixième extinction: évolution et catastrophes*, Flammarion, París, 1997 [trad. cast.: *La sexta extinción: el futuro de la vida y de la humanidad*, Tusquets, Barcelona, 1997].

7. Edward O. Wilson estima que somos responsables de la desaparición, cada año, de 27.000 a 63.000 especies. *The diversity of life*, Belknap Press, Harvard, 1992 [trad. cast.: *La diversidad de la vida*, Crítica, Barcelona, 2001].

8. RAMADE, François, *Le grand massacre. L'avenir des espèces vivantes*, Hachette, París, 1999.

9. RUFFOLO, Giorgio, *Il capitalismo ha i secoli contati*, Gli struzzi Einaudi 2008, pág. 174. Desde luego, se trata normalmente de especies menos reconocibles que los mamuts, pero actualmente pesa una seria amenaza sobre las abejas.

10. BELPOMME, Dominique y PASCUITO, Bernard, *Ces maladies créées par l'homme: comment la dégradation de l'environnement met en péril notre santé*, Albin Michel, 2004.

11. GORZ, André, *Op. cit.*, pág. 13.

12. REES, Martin, *Our Final Century: Will the Human Race Survive the Twenty-first Century?*, Heinemann, 2003 [trad. cast.: *Nuestra hora final: ¿será el siglo XXI el último de la humanidad*, Crítica, Barcelona, 2004].

13. GEORGESCU-ROEGEN, Nicholas, *La décroissance. Entropie-Écologie-Économie*. Presentación y traducción de Jacques Grinevald e Ivo Rens, (1979), Sang de la terre, París, 1995.

› El final de los tiempos: la necesidad de la ruptura

El Renacimiento, al mismo tiempo que la generalización de la economía mercantil, preparando la vía al capitalismo productivista, cambió completamente nuestra relación con el tiempo. Artificialmente dividido por el reloj mecánico, contado y descontado, el tiempo se convierte en el objeto central de la economía. Debemos producir siempre en un tiempo dado. Debemos acelerar los ritmos de la vida y abreviar su duración (entre ellos la vida de los objetos). El presente desaparece en una eternidad virtual. Vivimos, sin duda alguna, mucho más tiempo (por término medio) pero sin haber tenido nunca el tiempo de vivir.

1. La aniquilación productivista del tiempo

Los hombres de la modernidad habían manifestado una fe ciega en el progreso espontáneo. Persuadidos de que el tiempo de la innovación no podía suspender su vuelo, afirmaban con autoridad lo que era a la vez una evidencia y una certeza: «¡el progreso no se detiene!» Y aquellos que se atrevían a llevarles la contraria eran calificados de horribles reaccionarios.

«Afeitarse más rápido con el fin de tener más tiempo para trabajar en la concepción de un aparato que afeite más rápido aún.»

¡Todavía más lejos, todavía más alto, todavía más rápido! Este lema olímpico se había inmiscuido en el imaginario colectivo. Los hombres tenían que ser competitivos e inscribirse a diario en una loca carrera contra reloj. Nicholas Georgescu-Roegen, en su época, había denunciado este frenesí con la parábola del «ciclónromo de la afeitadora eléctrica». Esto «consistía en afeitarse más rápido con objeto de tener más tiempo para trabajar en la concepción de un aparato que afeitara más rápido aún, y así continuamente hasta el infinito». ¹⁴

Aparentemente irreversible, este proceso provoca ya algunos estropicios en el mundo del trabajo cuando el cronómetro del taylorismo se introduce en el seno del taller hacia finales del siglo XIX. El enorme aumento de la potencia productiva de los trabajadores es descrita en términos elogiosos por su iniciador, F. W. Taylor, y el salario «a destajo»

pagado a aquellos que, hasta entonces, perdían el tiempo inoportunamente, prefigura ya el famoso eslogan liberal del siglo XXI: *trabajar más para ganar más*. El fordismo amplificará todavía más este vasto movimiento de descalificación del trabajo. Las cadenas de producción, que durante la segunda mitad del siglo XX se vuelven infernales, engendran, en el interior de la fábrica, unas disfunciones nocivas para la sacrosanta productividad (absentismo, alza de la tasa de *rotación*, piezas defectuosas desechadas, descenso de la calidad de los productos...). Es preciso romper la monotonía de ese trabajo reventado, desmenuzado, parcelado y desvitalizado.

En los medios patronales se empieza a hablar de la ampliación y el enriquecimiento de las tareas y pronto se presenta el toyotismo como el remedio a la crisis del sistema taylorfordiano. No servirá para nada puesto que el trabajador, que vuelve a ser aparentemente más responsable, permanece subordinado a las comisiones del péndulo. El concepto de *immediatez*, el «*justo a tiempo*», —hay que comprar o producir solo aquello que se necesita, y solo cuando se necesita— permite reducir las existencias y los costes de producción, pero deja la puerta abierta a la flexibilización laboral y, por lo tanto, a su precarización. Un estudio de OMD Worldwide, encargado por Yahoo!, había llegado incluso a la conclusión de que explotando la multiactividad que caracteriza a una juventud ultrarrápida, ¡sería posible inducir a los miembros de las nuevas generaciones a realizar hasta 44 horas de actividad al día!¹⁵

La prolongación de la duración de la vida se percibe igualmente como una de las ventajas del desarrollo económico occidental. Los extraordinarios progresos de la medicina han aumentado en todas partes la esperanza de vida. Incluso en los países del Sur, esta ha aumentado considerablemente. En los países desarrollados, se ha pasado decididamente de 30 a aproximadamente 70 años de vida entre los siglos XIX y XX. De todas maneras, algunas mentalidades pesimistas, cuya reserva no es sinónimo de oscurantismo, no pueden resignarse a aceptar hipocráticamente los progresos médicos. Desconfían de una investigación cuya gratuidad ha desaparecido ante la finalidad, desde que los investigadores atienden mucho más a menudo los intereses de las potencias económicas y políticas que los de los ciudadanos. A título de ejemplo, solo el 10% de los gastos en investigaciones médicas están orientados hacia las enfermedades de las que son portadores el 90% de las personas más pobres.¹⁶

Claro está que, entre 1946 y 1976, esos años llamados gloriosos por algunos reconocidos economistas, el pastel del crecimiento adquirió volumen y su reparto parece más igualitario; asimismo, los hombres viven más y los investigadores pueden ser felicitados. Sin embargo esto plantea un problema demográfico que Jacques Ellul presentaba de esta manera: «La sociedad tiene a su cargo a una masa considerable de ancianos que hay que mantener y cuidar. Se entabla entonces una loca carrera: para compensar ese gran número de ancianos, hacen falta aún más niños, para que la pirámide de edades no descansen sobre el extremo. Pero esto me parece de una imprevisión increíble, pues al fin y al cabo esa duplicación, esa triplicación del número de niños, aunque va a producir sin duda alguna dos veces más de trabajadores en veinte años, asegurando así la producción necesaria para el mantenimiento de los viejos, dentro de

sesenta años, tendremos dos o tres veces más ancianos... ¿Hay que continuar? ¡Esto significaría que la población de un país en cincuenta años se habría multiplicado aproximadamente por diez! ¡Sencillamente absurdo!». ¹⁷

Artificialmente hinchado gracias a la levadura del progreso técnico, ese pastel contiene a partir de ahora temibles venenos. Efectivamente, la calidad (meramente fisiológica) de la vida disminuye. La cantidad de minusválidos aumenta, la salud se vuelve más frágil. La *modernización* se considera responsable de determinadas pandemias normalmente atribuidas a la vida salvaje. Así, el anófeyes de la malaria, originariamente un parásito de los monos, es condenado a instalarse en el hombre a causa de la destrucción de los bosques. Según Édouard Goldsmith:¹⁸ «La tala de los bosques amazónicos también ha puesto al hombre en contacto con la *leishmaniasis*, que afectaba anteriormente a los perezosos y a los tatúes.» Lanzadores de alerta como el doctor Dominique Belpomme, insisten enérgicamente en el vínculo entre el desarrollo de los cánceres —especialmente en los niños— y la proliferación de productos tóxicos, responsables del empobrecimiento de la tierra y del agua. «Así, tenemos más posibilidades de vida y vivimos más tiempo, pero vivimos una vida más reducida y no tenemos la misma potencia vital. Estamos obligados sin cesar a compensar nuevas deficiencias»,¹⁹ concluye Ellul. Somos cada vez más dependientes de prótesis y de tratamientos que nos mantienen en vida, pero que reducen nuestras capacidades de disfrutarla.

Asimismo ha salido a la luz un consumo médico y farmacéutico desenfrenado y el presupuesto de la Seguridad Social ya no basta para hacerse cargo de todos los niños y adultos minusválidos, ni para tratar a todos los enfermos que necesitan recurrir a tratamientos caros como, por ejemplo, la diálisis. Realmente, la política sanitaria ha de ser por fuerza monstruosa. Espíritus sabios estiman que, antes de lanzarse a nuevas hazañas, habría sido acertado encontrar soluciones sociales aceptables para esos problemas. ¿Acaso no era más razonable optar por la lucha contra la contaminación en vez de dejar proliferar los cánceres y construir después, con elevados costos, nuevos centros de cuidados? Se piensa incluso que la esperanza de vida ha iniciado su declive.

2. La condena de la rapidez

Sabíamos que, por naturaleza, el capitalismo no es nunca estacionario y que tampoco puede llegar a serlo, ya que el principal impulso de esta temible máquina es la búsquedas obsesiva de un beneficio inmediato aún más importante. Encerrado dentro de una lógica evolucionista, para no desaparecer está condenado a crecer y a mantener luego dicho crecimiento. La historia se acelera. «Hoy vivimos bajo el yugo de un tiempo estandarizado, un tiempo industrial que se nos impone hagamos lo que hagamos y dondequiero que estemos. Un tiempo único que, como la moneda única, no tiene otra finalidad que ponernos a todos en competencia, de un extremo al otro del planeta. Para sobrevivir en el interior de este tiempo único, debemos correr más de prisa que los demás. ¡Nos hemos dejado robar el tiempo!»²⁰ ¡Si la bicicleta del capitalismo deja de avanzar, vuelca y llega la catástrofe!

«El capitalismo está condenado a crecer y a mantener luego dicho crecimiento.»

De hecho, la simple ralentización del crecimiento hunde a nuestras sociedades en el desasosiego, a causa del paro, del aumento de la distancia que separa a ricos y pobres, de los perjuicios al poder adquisitivo de los más desposeídos y del abandono de los programas sociales, sanitarios, educativos, culturales y medioambientales que aseguran una mínima calidad de vida. El crecimiento ha permitido indiscutiblemente, gracias a las luchas sociales, arrancar mejoras en las condiciones materiales de las clases populares de los países del Norte, en detrimento de la naturaleza y de los países del Sur. Una tasa de crecimiento negativo constituye una temible amenaza. Y si no cambiamos de trayectoria esta regresión social y civilizacional es precisamente lo que nos acecha. Además, la megamáquina se ha desbocado. La crisis financiera de los años 2007-2008, nacida en Estados Unidos a causa de una oferta envenenada de créditos hipotecarios a poblaciones financieramente débiles, ha invadido el espacio económico mundial. Y se prolonga ahora en una crisis económica y social que les recuerda a algunos el doloroso período de los años treinta, cuando la recesión mundial condenó al paro a cerca de veinte millones de trabajadores.

En una de sus conferencias, André Gorz ya declaraba: «Ese retroceso en el crecimiento y en la producción que, en otro sistema, habría podido ser un bien (menos coches, menos ruido, más aire, jornadas laborables más cortas, etc.), tendrá unos efectos totalmente negativos: las producciones contaminantes se convertirán en bienes de lujo, inaccesibles a la gran mayoría, sin dejar de estar al alcance de los privilegiados; las desigualdades se harán más profundas; los pobres se volverán más pobres y los ricos más ricos.»²¹

Este decrecimiento *sufrido* no tiene evidentemente nada que ver con el decrecimiento *elegido*. El proyecto de una sociedad de decrecimiento es radicalmente distinto al crecimiento negativo.

Dicho proyecto es comparable a una cura de austeridad emprendida voluntariamente para mejorar el propio bienestar cuando el hiperconsumo llega a amenazarnos con la obesidad. En cambio, el crecimiento negativo es la dieta forzada que puede llevarnos a la muerte por inanición.

«Este decrecimiento sufrido no tiene evidentemente nada que ver con el decrecimiento elegido.»

3. La obsolescencia programada

Los discursos políticos de Mayo del 68 habían concedido gran ventaja a la crítica de la sociedad de consumo. Curiosamente, nuestro apego a la democracia, a la libertad de expresión, al «disfrute sin trabas», al completo desarrollo de nuestras personalidades, al cumplimiento total de nuestras identidades individuales, no nos había desviado del dominio del mercado y del consumo. De esta manera nos convertíamos en las víctimas consentidoras de la obligación de comprar.

Habíamos sido secuestrados por un círculo vicioso: nosotros comprábamos con el fin de que la sociedad pudiera seguir produciendo en tanto que esta proporcionaba el trabajo que necesitábamos para pagar lo que habíamos comprado. La publicidad, cuya primera función era supuestamente la de informar, proporcionaba la energía a este engranaje sin fin y pasaba rápidamente de la información a la «persuasión clandestina». Prisionero de un condicionamiento totalitario, nuestro empleo del tiempo estaba organizado, planificado, normalizado, ritmado por el uso de productos; «productos y más productos, que marcan y ritualizan la existencia cotidiana», observaba François Brune.²² Ávidos de publicidad, los grandes medios de comunicación tomaban el control de nuestros ritmos de vida, y nuestros comportamientos gregarios engendraban una «felicidad conforme» con los códigos definidos, seleccionados, impuestos por la ideología publicitaria. «A fuerza de ver hacer, hacemos lo que vemos.»²³

Dado que el mensaje publicitario insistente y repetitivo provocaba en el consumidor un principio de resistencia, era preciso reactivar rápidamente la burbuja del hiperconsumo para dar vida a la obligación de comprar. Los comerciantes habían entendido perfectamente las ventajas que podían obtener de la reducción de la durabilidad de los objetos. Iban a ocuparse de nosotros y de nuestros deseos para mantener intacto el mecanismo consumista.

«Era preciso reactivar rápidamente la burbuja del hiperconsumo con la publicidad.»

La obsolescencia calculada y programada se convertía en cómplice de la publicidad. No solo los pañuelos, las maquinillas de afeitar, los encendedores, los platos o los vasos eran desechables, sino que el conjunto de los bienes, llamados duraderos por los economistas aficionados a la tipología, quedaban rápidamente fuera de uso, siendo inconcebible su reparación. Lo efímero reinaba como dueño y señor, generaba la novedad y alimentaba el frenesí del comprador.

Recientemente (en mayo de 2008) fue descubierta en un cuartel de bomberos de Nueva York una lámpara de filamentos de carbono que llevaba encendida ¡desde 1896! El expresidente Busch celebró el acontecimiento como un testimonio de la superioridad de la técnica americana. Hubiera estado más inspirado si mejor hubiera denunciado al consorcio de producción de lámparas que decidió limitar la duración de la vida de estas a 2.000 horas, en detrimento de los consumidores y del medio ambiente. De todas

maneras, ¿cómo luchar cuando la obsolescencia se vuelve simbólica, cuando la propaganda publicitaria nos convence de que los productos han quedado *pasados de moda* incluso antes de que se hayan logrado sus funciones vitales? Televisores, ordenadores o teléfonos móviles ya no es necesario que se averíen para que sean desecharos. La aparición de un nuevo modelo basta para llevarnos a abandonar aquello que se ha vuelto súbitamente antiguo, sobre todo si los vecinos lo hacen también. Cambiamos de equipo igual que las mujeres elegantes cambian de vestido obedeciendo a los imperativos de la moda. El mimetismo y la rivalidad ostentatoria se convierten en los auxiliares de una monstruosa mecánica para producir un montón de cosas echadas a perder. Es el triunfo de la colonización de nuestro imaginario por parte de la ideología consumista.

4. La eternidad en el presente: el desarrollo sostenible

La noruega Gro Harlem Brundtland fue primera ministra de su país en la década de 1980. Presidió la comisión mundial de la ONU para el medio ambiente y el desarrollo que, en 1987, publicó un informe en el cual se definía la noción de desarrollo sostenible (*sustainable development*). Se trataba de un modo de desarrollo económico que permitiría la satisfacción de las necesidades presentes sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las suyas.

La noción de desarrollo sostenible obtuvo muy pronto un enorme éxito. Cualquiera que mencionaba el desarrollo sostenible era alineado rápidamente entre los defensores de la naturaleza, aunque no está clara la pertinencia de dicha apreciación.

En nombre del desarrollo sostenible, personas vinculadas a la preservación del planeta estaban dispuestas, sin duda alguna, a dirigir, individual o colectivamente, acciones destinadas a alertar a aquellos que todavía pensaban que la crisis ecológica era una fantasía amable. Curiosamente, estos últimos más tarde se apoderaron masivamente del eslogan. En realidad, el «concepto» de *desarrollo sostenible* ha estado cargado de ambigüedad desde su origen. ¿El término *sostenible* se refería acaso a la naturaleza sosteniblemente preservada? ¿O quizás calificaba exclusivamente el desarrollo económico, que no podría durar infinitamente puesto que el planeta es, por definición, finito? Presenciamos la alianza de dos términos con significados opuestos. El desarrollo sostenible es un oxímoron, una figura estilística que llama nuestra atención a la vez que anestesia nuestro sentido crítico.

«El “concepto” de desarrollo sostenible ha estado cargado de ambigüedad desde su origen.»

El discurso del futuro presidente de la República francesa en septiembre de 2006,

impregnado de dicha ambigüedad, lo ilustraba perfectamente: «El desarrollo sostenible no es el crecimiento cero, es el crecimiento sostenible», afirmaba. ¡En realidad, se trataba de hacernos tragar la píldora amarga del desarrollo concediéndonos a la vez una buena conciencia ecológica!

Cuando el 20 de enero de 1949, el presidente americano Harry Truman pronunció el tradicional discurso sobre el estado de la Unión, esbozó el lanzamiento de un audaz programa económico destinado a poner las ventajas del avance tecnológico de los americanos y de su progreso industrial «al servicio de la mejora y del crecimiento de las regiones subdesarrolladas.» ¿Se podía acaso cuestionar semejante perspectiva cuando pretendía la felicidad universal? A todas las naciones pobres (no comunistas) se les prometía paz y libertad eternas, a condición de que se adhirieran al modo de desarrollo occidental que se convertía en norma, en el modelo que convenía reproducir y generalizar. Incontestablemente, el desarrollo presentaba una dimensión etnocéntrica y los Estados Unidos, no sin una cierta arrogancia, instauraban entonces un nuevo imperialismo cultural y económico. Ya vemos que el desarrollo, en realidad, es una vez más el desarrollo del capitalismo, un paso suplementario hacia la occidentalización del mundo que Marx había anunciado y denunciado.

Cuarenta años más tarde, en 1989, siempre en nombre del desarrollo, el consenso de Washington recomendaba a los Estados bajar los impuestos, liberalizar el comercio, fomentar las privatizaciones y la desreglamentación financiera. Así, los países pobres habían sido sometidos a planes de ajuste estructurales, incluyendo dichas recomendaciones, a cambio de préstamos acordados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Mediante lo cual, el mundo occidental infligió sufrimientos inauditos a unos pueblos que nunca habían deseado ser convertidos a su modelo.

El desarrollo suponía también el desarrollo de las desigualdades sociales. La ideología neoliberal, que había conquistado el mundo hacia finales de la década de 1970, con las designaciones de Ronald Reagan y Margaret Thatcher como jefes políticos de Estados Unidos y Reino Unido, se sostendía en la exacerbación de la competición económica. En nombre del crecimiento que alimentaba el desarrollo, los productos, todos los productos (servicios incluidos) tenían la obligación de ser competitivos. Convenía pues comprimir lo que era comprimible, es decir, prioritariamente, los costes salariales. De esta manera bajó la parte de los salarios en el PIB. En Francia, según el INSEE (instituto nacional de estadística y estudios económicos francés), esta proporción que alcanzaba el 74% a principios de los años ochenta no se situaba más que en el 65% a principios del siglo XXI.

Los rendimientos del capital se habían desarrollado más rápidamente que los rendimientos del trabajo. Las familias francesas, materialmente favorecidas, obtenían de la inversión de sus ahorros financieros (acciones y obligaciones) unos rendimientos en constante progresión. En lo sucesivo, los jefes de empresa, atados a la estrategia de crecimiento de su instrumento de producción, se veían obligados a encontrar un compromiso con los accionistas y ya no dudaban en proceder a lo que se denominaba despidos por razones bursátiles. Por otro lado, la precariedad del empleo a causa de una

flexibilidad laboral amplificada se convertía en la norma. El asalariado debía adaptarse, doblar el espinazo y aceptar unas condiciones de trabajo y unos horarios apropiados para confortar la lógica productivista de la empresa. Lo mismo ocurría en todos los países «desarrollados» cuyo equilibrio social quedaba en consecuencia gravemente afectado.

El capitalismo seguía siendo más destructor que nunca, portador de injusticias, de malestar y de desigualdades. El crecimiento y el desarrollo favorecían su expansión. Los «Treinta gloriosos» (1945-1975), más que un verdadero bienestar generalizado, supusieron más bien la ocasión de frenar la progresión de las frustraciones que iban a resultar insostenibles cuando fuera anunciada la crisis social, económica y cultural de finales de los años setenta. El malestar del naufragio de las *banlieues* estaba profundamente arraigado en la sociedad francesa. La competición y la competencia, valores dominantes en una sociedad de crecimiento, habían engendrado carencias, exclusiones, rechazos y una cierta condescendencia con respecto a aquellos que no habían podido o sabido adaptarse a la implacable modernidad. El crecimiento era el problema y no la solución; había engendrado desequilibrios de todo tipo (paro, precariedad, falta de viviendas), cuyas víctimas eran sobre todo las nuevas generaciones. La presión sobre el medio ambiente no dejaría de provocar nuevas desigualdades cuyas primeras víctimas serían los más desposeídos.

«El crecimiento era el problema y no la solución.”

Por otra parte, ¿qué mirada, que no fuera de indignación, podía dirigirse a una sociedad, pretendidamente democrática, en la que determinados presidentes y directores generales de grandes grupos multinacionales percibían anualmente unos ingresos que correspondían a veces a más de 500 años de SMIC (salario mínimo interprofesional de crecimiento)? ¡Y más aún cuando alardeaban de su sed obscena de poder con un lujo de consumo ostentoso, superfluo y, además, muy contaminante!

Aunque el desarrollo fuera humano, sostenible o duradero, aunque representara a la vista de algunos una noble ambición, no por ello permanecía menos cargado de una ideología, la de Occidente, que deseaba imponer sus normas, sus valores y su forma de vida y promover por todas partes la eficacia, la rentabilidad y la racionalidad económicas. Cuando la ONU recomendó un desarrollo que debía ser *sostenible*, las emisiones de gas de efecto invernadero, el desorden climático (demostrado en lo sucesivo), las manipulaciones de lo vivo, las diversas y variadas contaminaciones, la explotación de los recursos naturales, las violencias, la inseguridad social, la precariedad, el malestar y las desigualdades habían adquirido una importancia sin precedentes tanto en el Norte como en el Sur.

5. La hora de lo virtual

La destrucción del tiempo era un aspecto fundamental en la destrucción del mundo concreto y en lo que Ivan Illich denunciaba como «la pérdida de los sentidos», engendrada por la revolución de los tiempos modernos. El proceso de transformación de los seres y de las cosas en átomos digitales es a la vez una inmensa labor intelectual de abstracción y una monstruosa empresa de alienación del hombre y de saqueo de la naturaleza. En el pensamiento, todo debe reducirse a cifras y hacerse calculable; en la realidad, todo debe transformarse en mercancías intercambiables.

Hemos señalado con toda la razón que la invención del reloj en Occidente, en plena Edad Media, era el punto de partida de esta revolución de los tiempos modernos, es decir, del nacimiento de la sociedad del crecimiento.

La leyenda que atribuye su puesta a punto o su perfeccionamiento a Gerberto de Aurillac, el papa del año mil sospechoso de brujería, traduce un justo presentimiento acerca de la naturaleza *diabólica* de ese instrumento de *apresamiento* del mundo. Se ha visto a menudo en este auvernés de una inteligencia fuera de lo común al prototipo del doctor Fausto, una especie de prefiguración del proyecto moderno de artificialización del mundo y por lo tanto de su desacralización. Con razón los ortodoxos se negaron a introducir el reloj en sus iglesias.

«Todo debe reducirse a cifras y hacerse calculable; en la realidad, todo debe transformarse en mercancías intercambiables.»

Al hacerse mecánico y reversible, el tiempo empieza a perder su «concreción». Ya no está relacionado con los ciclos solares y lunares, con el ritmo de las estaciones y de las cosechas, de los acontecimientos y de los acontecimientos. Las referencias de lo vivido ya no vienen dadas por la tarea (hacer la siembra, segar, cosechar, podar los árboles frutales, etc.), ni vienen ritmadas por las fiestas religiosas o profanas, sino por un mecanismo abstracto. El tiempo se convierte en una magnitud homogénea que deja de tener vínculo alguno con lo vivido, transformado él también, y cada vez más, en una especie de papilla inconsistente.

Todas las actividades se fundamentan en el trabajo y todos los valores en el dinero. El trabajo, el tiempo y el dinero son una sola e idéntica substancia para la obtención del dinero con el que el comerciante puede especular. Se suprimen los días festivos, se introduce el trabajo en domingo, el trabajo nocturno y, por supuesto, el trabajo femenino e infantil. La economía del tiempo es también su *economización*. A fuerza de ahorrar tiempo contabilizándolo hasta el nanosegundo para aprovecharlo (en el sentido de sacar provecho), literalmente lo hemos perdido. Perdido por demasiado querer ganarlo. La disminución del tiempo de vivir es rigurosamente proporcional a la prolongación de la

duración de nuestra vida, reducida así a una *subsistencia aumentada* según la expresión de Guy Debord. Que esta se traduzca por una desenfrenada acumulación de actividades, de ocio consumido incluso, no cambia nada el asunto. La vida no es más que consumo y consumación de tiempo, de trabajo y de dinero.

Al dejar de vivir en el tiempo, para el hombre contemporáneo el tiempo libre se ha convertido en un absurdo, en algo insoportable. Según Benjamin Barber: «Encarnada en un carácter infantilizante esa liberación con respecto al tiempo se ha vuelto negligencia de la historia y estúpida ignorancia de nuestra mortalidad. [...] Los productos consumibles que compramos nos garantizan la inmunidad contra el envejecimiento, nos sentimos alegramente instalados en el presente atemporal, luego momentáneamente inmortales.»²⁴

Aquí también, el coche, objeto emblemático de la modernidad, desempeña un papel no desdeñable. Como señala Yves Cochet: «Con la supuesta velocidad del automóvil se produce un agotamiento del tiempo: cuánto más deprisa vamos, menos cuentan el pasado y el futuro. El tiempo del trayecto es un tiempo perdido entre dos presentes, entre el de dónde venimos y el de adónde vamos. La velocidad, materializada por el coche, supone abolir la duración de la travesía entre punto de salida y punto de llegada. Ir deprisa es la supresión de la espera, del sentimiento de la duración. Simultáneamente, el espacio que atravesamos esabolido en tanto que espacio singular, vivo y sensible. Se convierte en un puro espacio, sin significado. En los transportes rápidos, perdemos la experiencia sensorial del movimiento. Queda solamente un vago pase virtual a través de un paisaje anónimo, semejante a la proyección de una película sobre una pantalla. El horizonte fantasmal del desplazamiento productivista es el teletransporte instantáneo, sin tiempo o espacio intermediarios... [...] Tras el tiempo y el espacio, es el propio cuerpo el que tiende a desaparecer.»²⁵

Al mismo tiempo, las nuevas tecnologías (los ordenadores, internet, los teléfonos móviles, el correo electrónico), sin las cuales no habría sido posible la creación de un mercado financiero planetario, favorecían la inmersión en lo virtual, desestructurando el tiempo y el espacio.

«Esta digitalización del mundo lanzaba a una sociedad de crecimiento a su máxima absurdidad.»

En 2009 había mil cien millones de ordenadores y tres mil trescientos millones de teléfonos móviles en servicio. El ordenador más potente era capaz de realizar 280 billones de operaciones por segundo. ¡Una cifra de vértigo! Los fanáticos de lo virtual querían incluso hacernos vivir dentro de una «éter esfera» a la que todos podríamos conectarnos. Juntos, estaríamos colgados de una red «telecósmica» virtual, pero nuestros contactos reales con una población real se habrían perdido. Esta *digitalización* del

mundo, en cambio, era el entorno adaptado a la supervivencia de una sociedad de crecimiento y contribuía a empujarla a su máxima absurdidad. La mercantilización del mundo lo devoraba todo: el trabajo, el ocio, la amistad, el amor, el sexo, la cultura, la droga, la violencia, la política... Un simple clic electrónico permitía intercambios instantáneos de un extremo al otro del globo, desplazando sumas colosales y decidiendo el destino de pueblos enteros.

Por otra parte, debido al juego del *terrorismo* de los intereses compuestos, la lógica del crecimiento perdía cualquier principio de realidad y se desconectaba de los límites físicos del mundo vivido. Con un 2% de tasa de crecimiento anual, la mínima considerada necesaria por todos los responsables, ¡en 2.000 años el PIB se habría multiplicado por 160.000 billones! En ese mismo periodo, con una tasa de crecimiento de 7 milésimas al año, considerada ridícula por la gente seria, el producto se habría multiplicado por un millón y, sobre un periodo de un siglo se habría todavía doblado, lo que es ya superior a lo que los ecosistemas pueden soportar.²⁶

«Con un 2% de tasa de crecimiento anual, ¡en 2.000 años el PIB se habría multiplicado por 160.000 billones!»

Ya es hora de desprendernos de la obsesión por la rapidez y de partir a la reconquista del tiempo y, por lo tanto, de nuestras vidas.

6. Vender el tiempo

El filósofo y sociólogo Jean Baudrillard, en algunas de sus obras más importantes, planteó una mirada iconoclasta sobre el funcionamiento simbólico del mundo occidental. Había mencionado especialmente el milagro de la compra ante la cual se prosternaban los consumidores. El crédito, como por arte de magia, iba a trastornar la percepción y la gestión de nuestro tiempo. Antes de su llegada, el ahorro precedía a la compra, de manera que transcurría un período de trabajo a menudo largo y penoso para el hombre antes de que este pudiera disponer de medios financieros propios para satisfacer necesidades importantes, como por ejemplo la adquisición de muebles. ¡Había que producir antes de consumir! Con la monetización de las economías y el desarrollo del crédito, la lógica se había invertido y la inmediatez se erigía en nuevo imperativo social. «¡No había que retener ya el placer!»

«El crédito iba a trastornar la percepción y la

gestión de nuestro tiempo.»

Los objetos nuevos imponían su ritmo a los hombres mientras que anteriormente el hombre imponía el suyo a los objetos. En palabras de Jean Baudrillard: «Durante siglos las generaciones se sucedían en un panorama estable de objetos mientras que hoy en día son las generaciones de objetos las que se suceden a ritmo acelerado en una misma existencia individual.»²⁷ Y concluía: «El sistema del crédito supone el colmo de la irresponsabilidad del hombre respecto a sí mismo: aquel que compra aliena al que paga, es el mismo hombre, pero el sistema, debido a su desfase en el tiempo, hace que no tome conciencia de ello.»²⁸

El crédito además había conquistado otros territorios protegidos hasta entonces por las tradiciones. Una feroz «selección artificial» aparecía entre los agricultores y los ganaderos: los más fuertes, los más aptos para sobrevivir, víctimas consentidoras de un productivismo naciente, avanzaban hacia el ilusorio enriquecimiento abundantemente alimentado de deudas; los más débiles, atados a prácticas ancestrales, desaparecían.

Los bancos comerciales ostentaban desde hacía tiempo el poder exorbitante de crear moneda *ex nihilo*. ¡«Los créditos crean los depósitos», decían con orgullo los banqueros! Juzgando insuficientes los recursos de ahorro para hacer girar la máquina del consumo, habían vuelto, en su provecho, a la relación inicial en la que los depósitos alimentaban los créditos. La cantidad de moneda circulante de la que dependían las fluctuaciones de la actividad económica y el movimiento de los precios eran el resultado de opciones privadas, definidas al margen de cualquier debate democrático. «¡Todo para el pueblo, nada por el pueblo!», había denunciado Bernard Charbonneau, pensador y filósofo, pionero de la ecología política.²⁹

La multiplicación de los intercambios comerciales a escala planetaria, que anunciaba la globalización, no sufría ninguna penuria monetaria. La máquina capitalista se había dotado de un nuevo instrumento, motor potente de su irresistible expansión. El crecimiento se hallaba estimulado gracias a la proliferación de deudas reconocidas y contratadas por los pueblos, con capacidades de resistencia anestesiadas en lo sucesivo, pero cuyos recursos ya no escaparían a la megamáquina.

La tuerca de la coacción y del milagro de la compra proseguía incansablemente su labor de fetichización de la moneda. Intermediaria de los intercambios y unidad de cuenta, la moneda, originariamente, debía facilitar las relaciones comerciales entre los hombres. Esta función primera se encontraba ahora gravemente cuestionada por la profundización de las desigualdades sociales. El sistema financiero autorizaba a los más audaces y a los de menos escrupulosos a hacer dinero con el dinero. En determinadas regiones del mundo, vivían seres humanos con uno o dos dólares al día, mientras que en otras partes otros acumulaban considerables riquezas generosamente regadas con *stock options* o paracaídas dorados. Riquezas reinvertidas exclusivamente en burbujas especulativas que estallan al mínimo traspies y provocan temibles crisis sistémicas, colocando a la economía mundial al borde del abismo.

El abandono del control de los movimientos de capitales, fomentado por la regla ultraliberal «desreglamentación, desintermediación, liberalización», nos obligaba a admitir que no podía haber capitalismo sin crisis financiera. El gusano de la delincuencia financiera había penetrado en la manzana capitalista, carcomiéndola inexorablemente hasta provocar su podredumbre. Los repetidos escándalos financieros (Enron, Parmalat, más recientemente Bernard Madoff...), y la venta rescate de sociedades (sistema LBO) metamorfoseaban las empresas en puros instrumentos financieros propicios al enriquecimiento ultrarrápido de sus propietarios.

«El gusano de la delincuencia financiera había penetrado en la manzana capitalista.»

Frente al inmenso poder de las finanzas internacionales, los «recursos humanos» (los hombres, ¡transformados en instrumento de trabajo!) se reducían a la simple y vulgar noción de coste de producción. Auténticos gestores se transformaban en delincuentes de cuello blanco, insolentes máquinas de calcular las ganancias acumuladas y distribuidas a los accionistas. Recordábamos entonces las palabras de Keynes respecto a la moneda: «El amor al dinero como medio de procurarse los placeres y las realidades de la vida será reconocido por lo que es: un estado mórbido más bien repugnante, una de esas inclinaciones medio criminales y medio patológicas cuyo cuidado confiamos con escalofríos a los especialistas en enfermedades mentales.»³⁰ Keynes, uno de los muy escasos economistas que habían leído a Freud, había comprendido perfectamente todo lo que el apego al dinero entrañaba en significados inconscientes y mortíferos.

1967: el petrolero *Torrey Canyon* acaba de encallar en las proximidades de Cornualles. Varios millones de toneladas de viscoso petróleo manchan sus costas y las de Bretaña. Esta marea negra chocante y provocadora despierta una nueva conciencia ecológica que se reafirmará más tarde en contra del proyecto de extensión de un campo militar sobre la altiplanicie de Larzac en 1974 y la contaminación por la dioxina en Seveso (comunidad industrial en el extrarradio de Milán, en Italia) en 1976.

El poder político francés presenta la energía nuclear como un remedio para la crisis energética. ¡Los franceses no tenían petróleo pero sí terribles ideas! Lo nuclear asusta y la palabra «central», a la que está cada vez más unido, inquieta, pero la tecnocracia impone su decisión sin consulta democrática.

Una ecología política subversiva se instalaba pues en la escena política. A pesar de su proximidad semántica, ecología y economía chocaban enérgicamente y, a pesar del fracaso de Mayo del 68, el capitalismo no era quizás tan invulnerable como parecía. Los sociólogos analizaban escrupulosamente esta nueva polémica teñida de antiproductivismo y muy alejada, como su prima la lucha feminista, de la oposición entre capital y trabajo. Se referían con entusiasmo a esos «nuevos movimientos sociales», alternativos, creativos, cuyo modelo cultural volvía la espalda al antiguo mundo.

«Las crisis social y medioambiental nos alcanzan como un bumerán a finales del siglo xx.»

No obstante, justo a mediados de los años 70, se abre un paréntesis: vuelve de nuevo la crisis económica y la curva del paro sube inexorablemente. El sueño debe ceder el sitio al realismo, al pragmatismo. En un mundo financiero aún más virtual, desde el abandono del último vínculo entre el dólar y el oro en agosto de 1971, el sistema, mediante la huida hacia delante, solo logra prolongar la ilusión estadística del crecimiento. Durante ese período, la ideología neoliberal labra sin piedad su camino. Menos Estado, más competencia, menos reglamentación, más libertad salvaje, menos protección y proteccionismo y más intercambios. La mundialización, o *globalización*, triunfa y muestra muy pronto su verdadera cara: aumento de la explotación del hombre y de la naturaleza, financiarización de la economía, desregulación, deslocalizaciones, exclusiones, deterioro de los vínculos sociales, homogeneización cultural, occidentalización del mundo, degradación del clima y de los suelos, deforestación, desertificación...

Las crisis social y medioambiental nos alcanzan como un bumerán a finales del siglo xx. El tiempo está contado, un muro se levanta frente a la humanidad. La máquina económica se ha desbocado y hemos ido demasiado deprisa y demasiado lejos. El río de la economía de crecimiento se ha salido de madre, se ha desbordado y amenaza con llevárselo todo a su paso. La decrecida es más que deseable, es indispensable para la supervivencia. Debemos ralentizar, modificar nuestra relación con el tiempo, cambiar de ritmo. ¡Es la hora del decrecimiento!

14. GEORGESCU-ROEGEN, Nicolas, *op. cit.*, pág. 107.

15. «En una cultura infantilista, el propio tiempo es elástico, puesto que unos chismes electrónicos como los TiVo y los iPod permiten a los consumidores *desplazar en el tiempo* su consumo de contenido. Así, los jóvenes pueden ver anuncios de ropa en la pantalla del televisor (el Home Shopping Network) al mismo tiempo que intentan comparar los precios por otro canal (del tipo Google) e indicando por un tercero (la mensajería instantánea) las susodichas prendas a los colegas (el marketing por *boca-oreja*, llamado *buzz*): este funcionamiento multitarea *tres en uno* les ha permitido hacer en veinte minutos una hora de trabajo de consumidor.» BARBER, Benjamin, *Comment le capitalisme nous infantilise*, Fayard, 2007, pág. 317.

16. ROUSTANG, Guy, *Le dictionnaire de l'autre économie*, Folio Actuel, 2008, pág. 146.

17. ELLUL, Jacques, *Le bluff technologique*, Hachette, París, 1988, pág. 63.

18. GOLDSMITH, Édouard, *Le défi du XX^e siècle. Une vision écologique du monde*, Éditions du Rocher, Mónaco, 1994, pág. 262 [trad. cast.: *El tao de la ecología: una visión ecológica del mundo*, Icaria, Barcelona, 1999].

19. ELLUL, Jacques, *op. cit.*, pág. 64.

20. MARTIN, Hervé-René y CAVAZZA, Claire, *Nous réconcilier avec la Terre*, Flammarion, 2009, pág. 25.

21. GORZ, André, «Su ecología y la nuestra», conferencia publicada en forma de artículo en *Le Sauvage* en abril de 1974, recuperado como introducción en *Écologie et politique*, Galilée, París, 1975 [trad. cast.: *Ecología y política*, Ediciones 2001, Barcelona, 1982].

22. BRUNE, François, *Le bonheur conforme*, Gallimard, 1996, pág. 167.

23. *Ibid.*, pág. 242.

24. BARBER, Benjamin, *op. cit.*, pág. 150.

25. COCHET, Yves, *Antimanuel d'écologie*, Bréal, 2009, pág. 246.

26. LEBEAU, André, *L'engrenage technique, essai sur une menace planétaire*, Gallimard, 2005, págs. 154-155.

27. BAUDRILLARD, Jean, *Le système des objets*, Éditions Denoël Gonthier «Médiations», 1975, pág. 188 (trad. cast.: *El sistema de los objetos*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2010).

28. *Ibid.*, pág. 192.

29. CÉRÉZUELL, Daniel, *Écologie et liberté. Bernard Charbonneau, précurseur de l'écologie politique*, Parangon, 2006.

30. KEYNES, John Maynard, *Essais sur la monnaie et l'économie*, Payot, 1990, citado por: VIVERET, Patrick, *Pourquoi ça ne va pas plus mal*, Fayard, pág. 148; DOSTALER, Gilles y MARIS, Bernard, *Capitalisme et pulsion de mort*, Albin Michel, 2008, pág. 59.

› Rehabilitar el tiempo

El destino del hombre sobre la Tierra es espiritual y moral; el régimen que este destino le impone es un régimen de frugalidad. En relación a su poder de consumo, a lo infinito de sus deseos, a los esplendores de su ideal, los recursos materiales de «la humanidad» son muy limitados; esta es pobre, y es necesario que lo sea, puesto que de otro modo, por la ilusión de los sentidos y la seducción del espíritu, vuelve a caer en la animalidad, se corrompe en cuerpo y alma, y pierde, por su propio disfrute, los tesoros de su virtud y de su genio. Así es la ley que nos impone nuestra condición terrestre, y que se demuestra a la vez a través de la economía política, de la estadística, de la historia y de la moral. Las naciones que persiguen la riqueza material y las voluptuosidades que esta procura, como bien supremo, son naciones en declive. El progreso o el perfeccionamiento de nuestra especie se encuentra por entero en la justicia y en la filosofía. [...] Si viviéramos, como lo recomienda el Evangelio, con un espíritu de alegre pobreza, el orden más perfecto reinaría sobre la Tierra.

PIERRE JOSEPH PROUDHON³¹

Al acercarse peligrosamente la hora del hundimiento, ha llegado la del decrecimiento. La sociedad de sobriedad voluntaria, que emergerá de su estela, supondrá otra relación con el tiempo. Dejar de ser prisionero de la única concepción lineal del tiempo que ha dominado en Occidente al menos desde el Renacimiento y restaurar una relación «saludable» con el tiempo es sencillamente reaprender a habitar el mundo. Y es, por lo tanto, liberarse de la adicción al trabajo para encontrar la lentitud, redescubrir los sabores de la vida vinculados al terruño, a la proximidad y al prójimo. Con todo ello, no se trata tanto de un retorno a un mítico pasado perdido sino de la invención de una tradición renovada. En reacción a los desequilibrios y las perturbaciones que engendró el desarrollo de la sociedad industrial, surgieron una increíble proliferación de proyectos, correctivos y alternativos, catalogados como manifestaciones del socialismo utópico (Fourier, Cabet, Morris, etc.), que convendría rehabilitar.

1. Remodelar el espacio-tiempo

Una ciudad ecológica, hecha de pueblos urbanos en la que ciclistas y peatones utilizarán una energía renovable, está sin duda llamada a sustituir las actuales megalópolis. La ciudad productivista, pensada y estructurada en función del automóvil, bajo formas pretendidamente racionales (basta pensar en la *Cité radieuse* de Le Corbusier), con su segregación de los espacios, sus zonas industriales, sus barrios residenciales sin vida, probablemente pertenezca al pasado.³² Nuestros contemporáneos, en las urbanizaciones y los barrios estandarizados, se hallan estibados ante el televisor, el tiempo entre dos incursiones al supermercado, rodeados de una red de autopistas que conecta un aparcamiento con otro. Hemos perdido el contacto con nuestro fondo original. Lo orgánico, lo vegetal, lo animal se sustituye de forma masiva por lo mecánico, lo electrónico, lo digital y lo robótico. Debemos reaprender a habitar el mundo dejando

atrás su artificialidad. Proudhon, a su manera, ya lo había comprendido.

Expresión de un urbanismo más o menos salvaje, las ciudades tentaculares, rodeadas de autopistas, vierten y aspiran incansablemente una creciente oleada de automóviles. El espacio de vida ha sido fragmentado: los hombres disponen de un lugar de residencia, desigualmente confortable en función de las remuneraciones, pero necesitan otros espacios: el del ocio y el espectáculo, el del trabajo, el de la escuela, el de la compra. El coche está inscrito en el orden de las cosas. Hay que tener uno para acercarse a esos múltiples lugares y así nos pasamos el día de un parking a otro.

La movilidad automóvil, nuevo elemento de distinción social, es ilusoria en los conjuntos urbanísticos, ya que la abundancia de vehículos ha devuelto al andador bípedo una ventaja no desdeñable. El automóvil como sistema de transporte es seguramente el más ineficaz de todos los inventados por el hombre. Hoy en día, en Pekín por ejemplo, el automovilista no puede superar un promedio de 8 kilómetros por hora. Ivan Illich y Jean-Pierre Dupuy demostraron que si integramos en el tiempo de desplazamiento de un vehículo su tiempo de inmovilidad en los embotellamientos y el tiempo pasado en el trabajo para ganar con qué comprarlo, pagar la gasolina, los neumáticos, los peajes, el seguro o las infracciones (sin hablar siquiera de los accidentes...), la que podríamos denominar velocidad generalizada (del automovilista) no supera los 6 kilómetros por hora, o sea, más o menos la del peatón.³³ ¡En estas condiciones, la bicicleta es muy superior al automóvil! El coche, ruidoso, apetoso y contaminante ha vuelto la ciudad invivible, de manera que los urbanitas, cada fin de semana, toman las autopistas, colmadas de exilio, para respirar en otra parte un aire menos cargado.

«La velocidad generalizada del automovilista no supera los 6 km/h, o sea, más o menos la del peatón.»

Cuando regresan, se encuentran de nuevo con las mismas vías de asfalto en medio de los rituales embotellamientos devoradores de tiempo. Algunos, preocupados por su tranquilidad y roídos por la indiferencia hacia los demás, se refugian, apartados del mundo indeseable, en residencias herméticamente cerradas, equipadas con sistemas de videovigilancia, con objeto de preservar mejor la propia interioridad. El hombre contemporáneo, concluye Illich, debe comprender «que la llamada aceleración de sus deseos aumentará su encarcelamiento y que sus reivindicaciones, una vez realizadas, marcarán el término de su libertad, de sus placeres, de sus ratos de ocio y de su independencia». ³⁴ En la ciudad *decreciente*, los habitantes recobrarán el placer de perder el tiempo tan del gusto de Baudelaire o de Walter Benjamin.

Reaprender a habitar el mundo es pues un imperativo.

Desde hacía unos cuantos decenios, cerca de Larzac, se proclamaba «vivir y trabajar

en el país». Inspirarse en ello para la vida en zona urbana sería saludable. Ofrecer transportes colectivos fácilmente accesibles, rápidos y poco onerosos se convierte en una necesidad. Pero ante todo, la ciudad habitable y no circulable constituye la obra maestra de una auténtica política urbana. Ya es hora de que «el barrio o el municipio vuelva a ser el microcosmos modelado por y para todas las actividades humanas, en el que la gente trabaja, vive, se divierte, se instruye, comunica, resopla y administra en común el entorno de su vida colectiva».³⁵

En el siglo XIX, una idea comparable había germinado en la imaginación fértil y generosa de Jean-Baptiste André Godin, hijo de cerrajero, discípulo del socialista utópico Charles Fourier, que se convirtió en industrial (las sartenes Godin), pero que fue también alcalde, diputado y consejero general. Hacia 1860, emprendió la construcción del primer pabellón de su *familisterio* fourierista, «el Palacio social», ofrecido a los asalariados cooperativistas de la fundición de su propiedad que había establecido en Guise, en la región del Aisne. Esta «ciudad democrática» acogió en unas viviendas espaciosas, iluminadas y con calefacción, a representantes de la clase obrera. Cerca de la fábrica y del Palacio había una guardería infantil, una piscina lavadero (cuya agua se calentaba aprovechando el calor procedente de los talleres), huertos, un quiosco de música, un teatro, una escuela y unos economatos en los que podían realizarse compras diarias y poco costosas. Una vida colectiva hecha de confianza, de connivencia, de asistencia, de reparto y de complementariedad se construía a pesar de una promiscuidad a veces molesta. ¡Una bella utopía que se extinguió en 1968!³⁶

En otra parte, en Dinamarca, durante ese decenio mágico de los años sesenta, algunas familias expresaron el deseo de vivir y trabajar de una manera distinta, de romper el aislamiento de las megalópolis, de compartir algunas tareas domésticas o educativas. De su influencia surgieron diversos proyectos bajo los términos «hàbitat agrupado», «covecidad», «cohàbitat» o «ecobarrio», en Europa y en los Estados Unidos.³⁷ Las realizaciones más conocidas, aparecidas a finales de los años 2000, son las del barrio Vauban en Fribourg-en-Brisgau (Alemania) y de BedZED (*Beddington zero energy development*) en la ciudad de Sutton, al sur de Londres. La realización inglesa es probablemente la más lograda, puesto que el impacto sobre el medio ambiente se redujo considerablemente: en el seno de un mismo espacio coexisten viviendas que respetan la mixtura social y lugares de trabajo, de servicios y de ocio, donde se reduce el espacio del automóvil y se privilegian los modos de desplazamiento lentos.

En estas experiencias, igual que en los proyectos de ciudades «decrecientes», se considera como una herejía urbanística el hábitat individualizado, aislado, incluso si está ecológicamente bien pensado, puesto que, bajo el hormigón y el asfalto, desaparecen cada año hectáreas de tierras agrícolas. La construcción agrupada y la vivienda colectiva presentan una eficacia energética más avanzada y aportan una respuesta a la fragilidad del actor individual frente a la elección de su hábitat, determinada demasiado a menudo por el mercado. Así pues, buscar una vivienda significa definir un modo de vida conjugando concepciones personalizadas y prácticas cooperativas. Esos hábitats concilian respeto a los valores ecológicos y sociales y operatividad; rompen los muros del

individualismo evitando a la vez las trampas del colectivismo y del comunitarismo.

«La construcción agrupada y la vivienda colectiva presentan una eficacia energética más avanzada.»

Ocurre lo mismo con el movimiento de las «ciudades lentas» (Slow City). Este movimiento completa el del Slow Food al que están adheridos, en todo el mundo, cien mil productores, campesinos, artesanos y pescadores que luchan contra la uniformación de los alimentos y a favor de la recuperación del gusto y de los sabores.³⁸ Podemos mencionar también la experiencia de Correns, ese pueblo del Var en el que todos los viñadores decidieron pasarse a la agricultura biológica, la experiencia de Mouans-Sartou o la de Barjac.³⁹ En este último ejemplo, se ve cómo la introducción de productos *bio* en las cantinas escolares, decidida por un alcalde valiente y creativo, puede poco a poco modificar en profundidad la vida entera de un pueblo.

El movimiento de las Ciudades en Transición, nacido en Irlanda (Kinsale, cerca de Cork) y que se extendió a Inglaterra, es quizás la forma de construcción que más se acerca en su origen a una sociedad de crecimiento. Estas ciudades, según el acta de la red, aspiran en primer lugar a la autosuficiencia energética, en previsión del final de las energías fósiles, y de una manera más general, a la resiliencia. Este concepto tomado de la ecología científica puede ser definido como la permanencia cualitativa de la red de interacciones de un ecosistema o, de una forma más general, como la capacidad de un sistema para absorber las perturbaciones y reorganizarse conservando esencialmente sus funciones, su estructura, su identidad y sus retroacciones.⁴⁰ La resiliencia designa en definitiva la capacidad de un ecosistema para resistir a cambios de su entorno. ¿Cómo podrán, por ejemplo, las grandes aglomeraciones urbanas afrontar el final del petróleo, el aumento de la temperatura y todas esas previsibles catástrofes? La respuesta de la experiencia ecológica es que, aunque la especialización permite incrementar las prestaciones en un campo, debilita la resiliencia del conjunto. La diversidad, por el contrario, refuerza la resistencia y las capacidades de adaptación. Por tanto, reintroducir los huertos, el policultivo, la agricultura de proximidad, pequeñas unidades artesanales y multiplicar las fuentes de energía renovable significa reforzar la resiliencia.

En el plano político, entre democracia directa y presupuesto participativo, se experimentan formas de autogobierno para la defensa de los bienes comunes, próximas a la idea de «pueblo urbano» o a la del ecomunicipalismo libertario de Murray Bookchin.⁴¹ La autoorganización de «bioregiones» se sitúa en la estela de esas diferentes iniciativas y representa su culminación. Constituidas por un complejo conjunto de sistemas territoriales locales, dotadas de una fuerte capacidad para la autosostenibilidad ecológica, estas «ciudades de ciudades», incluso estas «ciudades de pueblos», aspiran a la

reducción de las deseconomías externas y del consumo de energía. Esta nueva gestión del espacio y de la manera de habitar es ya una revolución en el empleo del tiempo.

«Anticipar el decrecimiento forzado e ineluctable preparando una transición serena.»

Todas esas experiencias constituyen otros tantos laboratorios de una alternativa y participan de esos «monasterios del tercer milenio» que preparan la civilización del mañana. Se trata de anticipar el decrecimiento forzado e ineluctable preparando una transición serena. Richard Heinberg, en la carta que escribe desde el futuro, describe de manera sobrecogedora ese aprendizaje de la autonomía bajo el imperio de la necesidad: «La mayor parte de los supervivientes han extraído de ella lecciones provechosas. Han aprendido a conservar cuidadosamente los suelos fériles, las semillas viables, el agua limpia, el aire no contaminado, y los amigos con los que se puede contar. Han aprendido a asumir sus propias existencias, en vez de esperar que algún gobierno o alguna corporación se hagan cargo de ellos.»⁴²

2. Trabajar menos para vivir mejor

¿Podemos imaginar por un solo instante que un responsable político, de la mayoría o de la oposición, hiciera campaña con el eslogan: «¡Consumir más para gastar menos!»? Todos los profesores de economía y los expertos de cualquier especie se burlarían de proclamaciones tan absurdas, en contradicción con la sacrosanta ley de la oferta y la demanda. ¡Y con razón! Como si, a principios del año 2008, frente a la protesta manifestada por los pescadores ante la subida del precio del barril de petróleo, la respuesta de los gobiernos interpelados hubiera sido: «¡Solo tenéis que quemar más fuel para hacer bajar el precio en el surtidor!»

Irving Fisher, el gran economista de Yale, había enseñado, cuentan, a su loro a contestar «es la ley de la oferta y la demanda» a todas las preguntas de sus estudiantes. Efectivamente, si existe una onza de sensatez en el fárrago matematizado de la pseudociencia económica, es precisamente esta «ley». Y no obstante, semejante eslogan blasfemo —trabajar más para ganar más—, proferido con éxito durante la campaña presidencial francesa del 2007, sirve de brújula al gobierno, sin provocar la más mínima protesta por parte de los expertos.

Un eslogan sin duda iconoclasta, ya que, tanto para la mayoría de los economistas como para el Medef,⁴³ a diferencia de los *decrecientes* y de la gente común, el trabajo es una mercancía como las demás. Además, muy parecido al petróleo, debe ser tratado como tal. En consecuencia, su precio, llamado salario, tiende a bajar cuando la oferta de mano de obra aumenta en relación a la demanda, por ejemplo, si los trabajadores ya con

un empleo se presentan voluntariamente para trabajar aún más. Con todo el rigor teórico, en un mercado caracterizado por una superabundancia de la cantidad de horas de trabajo ofertadas y la búsqueda desenfrenada de un empleo frente a una demanda (o sea, el número de empleos propuestos) muy insuficiente (estando reducida al paro casi el 10% de la población activa, según las estadísticas oficiales manipuladas y por ello muy por debajo de la realidad), solo podemos esperar un hundimiento de los precios (dicho claramente, de los salarios). En cambio, el salario tenderá a aumentar si la oferta disminuye. Se puede esperar, por lo tanto, alguna mejora de nivel de vida si se produce un rechazo masivo de horas extras y, todavía más, con una reducción de la jornada laboral.

Sabemos que los *decrecientes* profesan solo un moderado respeto a las pretendidas leyes de la economía, y si encuentran obsceno el eslogan presidencial es, de entrada, porque la jornada laboral es ya excesiva. La importancia directa o indirecta del trabajo en todas las actividades orientadas en torno a él (educación, formación, ratos de ocio e incluso la puesta en forma), devora la vida, ahoga a la ciudadanía, engendra estrés y sufrimiento. Hay ejecutivos que llegan a suicidarse, mientras que el consumo francés de antidepresivos rebasa todos los límites. Trabajar más es tanto más absurdo cuanto que, por falta de cambio de orientación, esa *elección* no puede más que precipitar el momento de la catástrofe ecológica. Es por ello que, excepcionalmente, los objetores de crecimiento dejarían a un lado sus escrúpulos para asociarse con los economistas heterodoxos y proclamar «Trabajar menos para trabajar todos» e incluso, con ortodoxos consecuentes «¡Trabajar menos para ganar más!». De todas maneras, nuestro eslogan es más bien: «¡Trabajar menos para vivir mejor!». Más vale promover el *otium* (el ocio) del pueblo que el opio de los medios.

«Trabajar más es tanto más absurdo cuanto que esa elección no puede más que precipitar el momento de la catástrofe ecológica.»

Un reparto de las ganancias en productividad a favor del trabajo permitiría reducir su duración. Cuando se ha mejorado la potencia productiva del trabajo, ¿por qué es necesario que ese esfuerzo favorezca, prioritariamente, el descenso de los costes de los productos, el de sus precios y el alza de los beneficios? Los asalariados, actores principales de esa alza de productividad, deberían ser recompensados de una forma más gratificante. Se trata pues de trabajar menos para vivir mejor y ofrecer así nuevos empleos.

«Nuestro eslogan es más bien: “¡Trabajar menos

para vivir mejor!”»

Asimismo subsiste la necesidad de volver a dar sentido al tiempo recobrado. Demasiado a menudo, desgraciadamente, dado el economismo dominante, el tiempo no trabajado, cuando no es devorado por las obligaciones de la vida moderna (transportes, formalidades, etc., en pocas palabras, todo aquello que Illich clasifica dentro del trabajo fantasma), se convierte en actividad mercantil (trabajo en negro) o en consumo de servicios mercantiles. Desde el año 1950, la prolongación de la duración de la vida en Occidente ha sido de tres horas al día aproximadamente, lo que corresponde al tiempo medio pasado por un europeo ante el televisor y a dos veces el del trayecto del transporte diario de un ciudadano de la región de Île-de-France.⁴⁴

El *buen* uso de ese tiempo liberado ganado sobre el tiempo trabajado no es algo evidente en una sociedad corroída por el productivismo. Habiéndonos convertido en unos *drogadictos* no solo del consumo sino incluso del trabajo (*workalcoholics*, como dicen los americanos), esta nueva libertad puede ser fuente de angustia. ¿Estamos dispuestos espontáneamente a llevar a cabo dignamente una reflexión acerca del sentido de nuestra vida, ese largo río muy a menudo conformista que hasta ahora fluía tan tranquilamente?

La salida del sistema productivista y laborista supone una organización totalmente distinta, en la que el ocio y el juego se valoren junto al trabajo y en la que las relaciones sociales primen sobre la producción y el consumo de inútiles productos desechables, nocivos incluso. Redescubrir la calidad fuera de las lógicas mercantiles haría decrecer los valores económicos. Es fácil ver que produciendo uno mismo fuera del mercado, se reduce al mismo tiempo la presión sobre el medio ambiente y el PIB, a la vez que se mejora una cierta forma de satisfacción personal. La división del trabajo, decía Marx, es el asesinato de un pueblo. Hemos llevado demasiado lejos ese proceso de racionalización deshumanizante pilotado por la búsqueda del beneficio. El redescubrimiento de la obra, esa actividad creativa del artesano y del campesino, no sometida a la presión de una competencia exacerbada, constituiría un buen antídoto para la fragmentación de las tareas. La autoproducción representa además un medio para reducir los costes ecológicos del transporte, para disminuir los embalajes y para facilitar el reciclaje.

«El redescubrimiento de la obra constituiría un buen antídoto para la fragmentación de las tareas.»

La horticultura, por ejemplo, puede ofrecer a una familia frutos y verduras saludables todo el año (¡sería estúpido autoenvenenarse!), y permite también planificar, según las

estaciones, con juicio, su producción y su consumo alimenticios. La autorrehabilitación de las viviendas, la autoproducción asistida o acompañada (jardines, cocina) son soluciones parciales a los fallos del sistema.⁴⁵

La gestión de los propios recursos conduce a la autonomía, a la sobriedad y a la reducción del despilfarro. Muchas acciones diarias han sido transferidas a profesionales, unos vendedores que saben muy bien hacernos pagar el coste de sus servicios. Ya no consumimos lo que producimos y ya no producimos lo que consumimos. ¿Acaso no nos hemos vuelto incapaces de concebir y de preparar a diario, de manera autónoma, una simple comida, de realizar sencillos pasteles para nuestros hijos, de reparar un aparato electrodoméstico, de ajustar libremente nuestro plan de vida, de aislar ventajosamente nuestra residencia, de tricotar un jersey de lana o una bufanda o de hacer crecer una verdura o un fruto? Es bien evidente que esto requiere que aprendamos a recuperar el uso de nuestros diez dedos. También en este caso es necesario que nos reapropiemos del tiempo. Los objetores del crecimiento militan por el «desconsumo».

A su vez, la reducción de la carga de trabajo puede impulsar la «producción» de bienes relacionales. Los bienes relacionales forman parte de aquello que los economistas y los juristas entienden por «bienes comunes», es decir unas realidades tan diversas como las carreteras, el alumbrado público, las emisiones de radio o de televisión, el aire, la luz solar, la seguridad pública, la Constitución, internet, etc. Podríamos añadir la lengua y las culturas. Los bienes comunes responden a los dos criterios siguientes: «no rivalidad» (la cantidad de bien disponible no se ve disminuida por el hecho de que otros se beneficien de él) y «no exclusión» (el acceso a este tipo de bienes es libre). Los bienes relacionales son además unos bienes comunes «vividos» que solo existen si son varios quienes los disfrutan y que son inmateriales, como por ejemplo el bienestar que proporciona una conversación.

«Los bienes relacionales forman parte de aquello que los economistas y los juristas entienden por “bienes comunes”.»

Para todos esos bienes, como la amistad o el conocimiento, mi «consumo» no disminuye las existencias, sino todo lo contrario. Si intercambiamos una idea entre nosotros dos, al final del intercambio tenemos cada uno dos ideas... Los intercambios de puntos de vista, de convicciones, de ideales, acompañados de una buena emulación, el compromiso ciudadano, las palabras de amor, el comercio agradable entre personas amables, todo aquello que obedece a la lógica del don y del *contradon* son la sal de la vida.⁴⁶ Así podemos recuperar el tiempo para hablar con nuestros hijos, con nuestros padres, con nuestros parientes, con nuestros vecinos ¡y redescubrir el «gusto por los demás»! En palabras de Giorgio Ruffolo, antiguo ministro italiano de Medio Ambiente:

«No debería hacer falta explicar por qué, en pro del bienestar colectivo, es más importante mejorar la calidad de la escuela o de los servicios sanitarios o animar a la participación en eventos culturales que propagar el uso de teléfonos móviles cada vez más sofisticados o de motocicletas cada vez más potentes.»⁴⁷

Esta reconquista del tiempo «libre» es una condición necesaria para la descolonización del imaginario dominante. Afecta a los obreros y a los asalariados pero también a los ejecutivos estresados, a los empresarios acosados por la competencia y a las profesiones liberales atenazadas por la compulsión del crecimiento. Siendo adversarios, pueden pasar a convertirse en aliados en la construcción de una sociedad de decrecimiento. Liberarse de la servidumbre voluntaria es probablemente el mejor medio para liberarse de la servidumbre involuntaria impuesta por el sistema.

3. Reducir las distancias, recuperar la lentitud

Durante la década de 1990, dos investigadores de una universidad canadiense, Mathis Wackernagel y William Rees, habían definido el primer indicador medioambiental centrado en las relaciones entre el hombre y la naturaleza: la huella ecológica. El principio era sencillo: se trataba de poner en relación la superficie de un territorio natural y las necesidades de su población. Todo aquello que necesitamos para vivir (lo que producimos, consumimos y desecharmos) se traduce por el uso de una determinada cantidad de tierra: de un campo de trigo para alimentarnos, de un campo de algodón para vestirnos, de un bosque para calentarnos o para reciclar el dióxido de carbono que emiten nuestros coches, etc. La superficie «bioproductiva» media disponible entonces era de 1,8 hectáreas para cada persona en el mundo, pero con considerables disparidades regionales. Así, la huella ecológica de un americano era de 9,6 hectáreas, la de un francés de 5,26 hectáreas, la de un africano o de un asiático de 1,4 hectáreas.⁴⁸

En consecuencia, si las sociedades humanas adoptaran el modo de vida americano, cuestión no negociable según la opinión de los ex presidentes Bush padre e hijo, la humanidad necesitaría cinco planetas.⁴⁹ Dicho de otro modo, si las poblaciones del Norte pueden aumentar sin vergüenza su producción y su consumo es gracias al esfuerzo consentido por las poblaciones más moderadas del Sur y a expensas de agotar las reservas del planeta. Hoy las cosas han empeorado. Según las últimas cifras disponibles y que se apoyan en estadísticas del año 2005, superamos de un 30 a un 40% la capacidad de regeneración de la biosfera. ¿Cómo es posible? Es el resultado de que, igual que el hijo pródigo de la Biblia, vivimos del patrimonio y no solamente de la renta. ¡Y así es como en un año quemamos el equivalente de lo que la fotosíntesis produce en 100.000 años sobre el conjunto de la esfera terrestre!

Para que Francia recupere un nivel sostenible, esto supone, de ahora en adelante, una reducción de impacto de alrededor del 75%. ¿Cómo es eso posible sin regresar a la edad de piedra? Si reflexionamos acerca del hecho de que la explosión de nuestra huella ecológica solo data de los años sesenta, que no son ni mucho menos el neolítico, entendemos que se trata no tanto de apretarnos el cinturón, sino de producir de una

manera distinta. La reducción masiva de los consumos intermediarios en sentido amplio (transportes, energía), que estallaron con la mundialización, permitiría preservar un nivel satisfactorio en el consumo final. Para ello se hacen prioritarios los circuitos cortos de distribución, la relocalización de la actividad productiva y muy especialmente el restablecimiento de la agricultura campesina.

La revitalización de la economía local exige una drástica reducción de los transportes internacionales. Imaginemos que el pequeño tarro de yogur de fresa, en vez de recorrer 9.115 kilómetros antes de llegar a nuestras mesas, fuera elaborado en nuestra cocina, ¡como el de nuestras abuelas! Las gambas danesas son enviadas al Magreb para ser peladas por manos «expertas» pero sobre todo de menor coste, antes de volver a dirigirse a Europa del norte y sus mercados. Verduras y fruta, producidos fuera del suelo, bajo invernaderos, en la región de Almería, en España, reciben los cuidados y los tratamientos químicos de una mano de obra extranjera, explotada como podía serlo el proletariado industrial del siglo XIX. Una prenda de vestir recorre fácilmente para su confección una docena de países y 60.000 kilómetros, generando en su camino todo tipo de contaminación. El problema es que el transporte marítimo tiene un coste económico casi nulo y que incluso el transporte en camión a través de toda Europa no representa más que una ínfima parte del precio de esos productos que encontramos todo el año en nuestros platos.

«Un pequeño tarro de yogur recorre 9.115 kilómetros antes de llegar a nuestras mesas.»

La globalización ha transformado el régimen alimenticio de los consumidores crédulos, inconscientes, seducidos por la apariencia y encantados de consumir fuera de temporada hermosas frutas y verduras clasificadas (aunque a menudo insípidas y venenosas) venidas del otro extremo del planeta. ¿Es acaso razonable y necesario todo esto?

La AMAP (Asociación para la conservación de la agricultura campesina), creada por primera vez en Francia en el año 2001, se caracteriza por un intercambio asequible de frutas y de verduras forjado sobre un compromiso recíproco entre actores económicos. Las primeras formas de AMAP aparecieron en 1971, en Japón, bajo el nombre de *Teikei*. Es una idea práctica que conduce a aliar, reunir y unir a productores y consumidores. En esa época, en Suiza, unas granjas comunitarias desarrollan la misma interacción. El concepto se extiende a Estados Unidos y luego al Canadá antes de llegar a Francia. Una producción local (disponible a menos de 100 kilómetros), de temporada, fresca, tradicional y agroecológica puede muy bien reemplazar la oferta esencialmente comercial de la gran distribución, a menudo poco escrupulosa con respecto a los pequeños productores. Las AMAP permiten el arraigo, en zona periurbana, de una economía social y solidaria, la instalación de jóvenes agricultores que huyen de las

dudosas tentaciones de la agroindustria y, como consecuencia, el mantenimiento, o incluso una reconquista, del empleo agrícola. La contraseña de la asociación de los consumidores italianos es «Kilómetro cero», reemplazada por «Slow Food».⁵⁰ Efectivamente, debemos tender hacia consumos sin transporte con cero emisiones de gas de efecto invernadero, cero residuos y, al final, cero estrés.

«Las AMAP permiten el arraigo de una economía social y solidaria.»

Rechazo del productivismo, reterritorialización de la actividad y prioridad para los circuitos cortos vuelven a dar ventaja a los hombres sobre las superpotentes máquinas emisoras de gases contaminantes, cuya energía había hecho una severa competencia al trabajo humano. Esta nueva perspectiva se abre con una crítica al crecimiento obsesivo de los rendimientos agrícolas y, más en general, a las ganancias en productividad. Señalemos de paso que esos rendimientos disminuyen desde hace varios decenios debido al agotamiento de la tierra, unido al uso intensivo de inputs químicos que destruyen la materia orgánica del suelo.

Según los economistas, una relación natural une la productividad, el crecimiento de la producción y el empleo. Sin productividad no hay crecimiento, y sin crecimiento no hay empleos. No obstante, es concebible e incluso deseable crear empleos sin crecimiento, y reducir de esta manera las externalidades negativas (contaminación del aire, de la tierra y del agua principalmente) sacrificando la aparente productividad.

En Francia, la excesiva mecanización de la agricultura había tenido efectos perversos. La población agrícola se fue disolviendo: en 1962, había censados 3 millones de agricultores; alrededor del año 2000 ya solo eran 600.000. Actualmente, en Europa, cada tres minutos desaparece una granja. El regreso de los campesinos se producirá si la potencia productiva del trabajo agrícola retrocede, como parece probable con el fin del petróleo a buen precio. La substitución de una agricultura industrial por una agricultura campesina, mucho más rica en empleos, orientada exclusivamente hacia mercados de proximidad, puede convertirse en el nuevo modelo que inspire a los productores del Norte y a los del Sur. Frente a las repetidas crisis alimentarias que hacen estragos en un buen número de países de África y de Asia, la FAO ha acabado por reconocer el papel determinante de la agricultura campesina y familiar en el restablecimiento de la soberanía alimentaria, ese derecho principal de todos los pueblos frente al capitalismo mundializado y depredador.

Liberarse de la obsesión de las ganancias en productividad es, en lo sucesivo, una de las misiones del objetor del crecimiento. Esta estrategia no debe limitarse al mundo agrícola, también es necesario que los hombres, guiados por ese imperativo, produzcan bienes industriales. Dado que el mayor rival del empleo ha sido la energía, una economía moderada será creadora de otros empleos manuales y locales. La utilización de las

energías fósiles ha puesto a disposición de los occidentales el equivalente a un promedio de 50 a 100 esclavos por persona. La ingeniosidad técnica no podrá jamás compensar el aporte de esa depredación.

En cuanto al sector terciario, se ha convertido en el principal proveedor de nuevas actividades. No es razonable someterlo al productivismo. ¿Podemos acaso pensar por un solo instante, salvo que estemos poseídos por el demonio de la ideología liberal, que un médico, una enfermera, un profesor, un cuidador o un artista puedan mejorar la calidad de su prestación reduciendo el tiempo de su realización? El servicio de proximidad solo tiene sentido si se produce con cuidado y, lejos de revelar su insignificancia, la lentitud de su ejecución indica, muy al contrario, toda su importancia. Los temperamentos gruñones pueden, en una primera época, denunciar el carácter impopular de semejantes medidas debido al elevado coste del conjunto de esos productos liberados de la lógica productivista y tecnicista. Sin embargo, nada le impide al Estado manifestar su presencia y su apoyo a aquellos cuya renta sigue siendo desesperadamente insuficiente. ¡La ecología no es cosa de ricos!

Pervertida por la religión del crecimiento, la modernidad no podía hacer otra cosa que acomodarse a la rapidez, sinónimo de autoridad, de audacia, de progreso, de resultados, de éxitos, de dominio del tiempo y del espacio. Llevando ese tren infernal, la máquina económica planetaria alimentaba un proceso irreversible en el que solo se integraban los más aptos para mantener ese ritmo infernal. Los soñadores, los indolentes, los flemáticos, los descuidados, los moderados y los ingenuos no sometidos del todo a la fuerza de las cosas, pero también los débiles, buscan su lugar y algunos de ellos se encuentran, sin ni siquiera darse cuenta, al borde del camino. Ahora es la buena reputación de la lentitud la que debe ser restaurada. No sería descabellado reconciliarse con el «matar el tiempo» que combatía Taylor. La desaparición de los «tiempos muertos» es de hecho la muerte del tiempo.

«¡La ecología no es cosa de ricos!»

El movimiento Slow Food, mencionado anteriormente, aspira precisamente a defender lo contrario de la rapidez obsesiva y de la restauración rápida (*fast-food*). La preocupación por la gastronomía puede sorprender en la medida en que suele identificarse con actores sociales aficionados a la distinción. Pero comer se ha convertido en «un acto agrícola»,⁵¹ incluso en un acto político. Preguntarse por el contenido del plato revela ciertamente una seria inclinación por los placeres del paladar, pero también un interés evidente por todo «lo que tiene relación con el hombre», ya que la gastronomía linda con la totalidad de la vida social. Un gastrónomo que no sea ecologista es un imbécil, pero un ecologista que no es gastrónomo es un hombre vil, gusta de repetir Carlo Petrini, el inventor del Slow Food. «Tendremos buenos productos alimentarios cuando todos los consumidores ricos o pobres sean conocedores y exigentes con la

calidad», decía ya Fourier. Y añadía: «Es necesario que la humanidad se vuelva gastrónoma antes de volverse agrónoma.»⁵²

Lo sabemos desde hace tiempo, los escandalosos métodos de la producción agrícola intensiva han quitado cualquier sabor a la alimentación y han transformado determinados alimentos en productos tóxicos. Los miembros del Slow Food, armados de fuertes exigencias ecológicas, militan contra la alimentación industrial y la uniformización cultural inducida por la mundialización (¡acaso no se habla de *cocacolonización* o también de *macdonaldización*, es decir de una colonización cultural orquestada por las poderosas firmas transnacionales?), para la salvaguarda de la biodiversidad, la soberanía alimenticia y el respeto de las diferencias culturales. Verdadero manifiesto contra la locura de la rapidez y del productivismo, este auténtico movimiento social, al que se han incorporado consumidores «coproductores», actores atentos a las condiciones de producción de los alimentos que saborean de lleno y con lentitud, puede acompañar ventajosamente a los partidarios de un decrecimiento sereno y distendido.

4. Recuperar lo local

La autonomía económica local implica orientarse hacia la búsqueda de una autosuficiencia alimentaria y energética pero también hacia una autonomía de financiación que permita el cumplimiento de proyectos locales artesanales, industriales y de servicios. Para ello, es necesario reappropriarse progresivamente del dinero, que debe servir y no esclavizar. Hay que pensar en inventar una auténtica política monetaria local. Para mantener el poder adquisitivo de los habitantes, los flujos monetarios deberían quedarse en la región tanto como fuese posible, y las decisiones económicas deberían ser tomadas a nivel de la región, también en este caso tanto como sea posible.

«Hay que inventar una verdadera política monetaria local.»

Palabra de experto (en este caso, de uno de los inventores del euro): «Fomentar el desarrollo local o regional conservando a la vez el monopolio de la moneda nacional, es como intentar desintoxicar a un alcohólico con ginebra.»⁵³ El papel de las monedas locales, sociales o complementarias es poner en relación unas necesidades insatisfechas con unos recursos que de otro modo quedarían en barbecho. Una moneda complementaria permite movilizar bienes disponibles que sin esto serían inutilizados para satisfacer una demanda insolvente. Este es el caso, por ejemplo, de las plazas vacantes en la hostelería, en la restauración o en los transportes colectivos. Desarrollar monedas alternativas, locales, bioregionales, complementarias (con diversas fórmulas para experimentar y adaptar: crédito mutual rotativo, tasa de interés negativo, etc.) constituye

una potente palanca para relocalizar, es decir, para reapropiarse del propio territorio de vida y rehabitar el mundo⁵⁴ como reacción contra el «fuera del suelo», los «no lugares» y el «fuera de tiempo» del productivismo globalizado.

La buena escala de un sistema monetario regional se sitúa en una horquilla de 10.000 a un millón de personas. Esto corresponde a una biorregión o a una ecorregión y representa el equilibrio entre eficiencia y resiliencia. La eficiencia implica centralización para beneficiar economías de escala (aunque con el riesgo de fragilidad debida a la monofuncionalidad y a la hiperespecialización), mientras que la resiliencia (capacidad de adaptarse al cambio) supone pequeña escala y plurifuncionalidad. La diversidad necesaria para la resiliencia de los ecosistemas (naturales o humanos) supone pues una cierta «fragmentación de los espacios». Por ahora, para detener la crisis y terminar con la proliferación financiera, convendría *recompartimentar* el mercado financiero mundial y *refragmentar* los espacios monetarios. Para ello, habría que encuadrar en serio la actividad de los bancos y del mundo financiero y retroceder sin complejos, por ejemplo hacia la *titulización* de los créditos o el exceso de los efectos de palanca (aumentar las tasas de cobertura).⁵⁵ Muy probablemente, habría que suprimir los mercados a término y volver a sistemas más clásicos de seguro para los importadores y los exportadores (cuyas operaciones, por otra parte, deberían ser reconducidas a niveles más razonables, por la necesaria revisión de los excesos del libre intercambio y la relocalización). Reapropiarse del dinero es también recuperar un cierto dominio del tiempo aflojando las tenazas con las que la obsesión de su precio aprisiona nuestras vidas. Reapropiarse de la moneda es quizás recuperar conscientemente algo de sus orígenes. Para el antropólogo William S. Desmonde, en efecto, la moneda primitiva «simbolizaba la reciprocidad entre las personas, lo que las conectaba emocionalmente con su comunidad. La moneda era originariamente un símbolo de su alma».⁵⁶

«Reapropiarse del dinero es también recuperar un cierto dominio del tiempo.»

Se han realizado diversas experiencias en ese sentido, en las que debemos inspirarnos y que hay que prolongar. Vimos circular los créditos en Argentina durante la grave crisis monetaria de los años 2000. Esas monedas complementarias, que reemplazaron al extinguido peso, permitieron a más de 6 millones de personas, muy a menudo desprovistas de recursos, restaurar los intercambios cotidianos y garantizar su supervivencia. Las capacidades inutilizadas de cada uno pudieron de esta manera ser puestas en movimiento en beneficio de todos.

En Baviera, una iniciativa idéntica, tomada en un clima más sosegado, reunió a una comunidad regional preocupada por superar, gracias a la ayuda y al soporte mutuos, las fragilidades económicas engendradas por el comercio globalizado. El Chiemgauer, emitido de entrada por unos colegiales bajo el control de su profesor, y extendido

después a la región, circula alegremente de mano en mano a un ritmo más constante que el del euro (+30%), debido a que su ahorro conlleva una penalización. Un bono de compra expresado en Chiemgauer es válido durante un trimestre. Luego caduca y pierde un 2% de su valor nominal. Para circular de nuevo, debe recibir un sello que lo validará por un nuevo trimestre. Esta ligera pérdida de valor incita a su propietario a utilizarlo y no a ahorrarlo. El pequeño comercio y el artesanado dan así una salida local a sus producciones, gracias a ese mercado cautivo, y resisten al poder devastador de las firmas transnacionales.

En la ciudad de Gloucester, en Inglaterra, un banco del tiempo repara, desde 1998, los desastres causados por la política ultraliberal de Margaret Thatcher. Así, por ejemplo, unas horas acompañando a una persona de edad pueden ser intercambiadas por tareas domésticas. «¡Lo que sale vuelve!» De esta manera, una red ciudadana conecta a familias monoparentales, jubilados, prisioneros, minusválidos o deficientes mentales. Al individualismo y a la carrera por los primeros puestos cultivados por el gobierno conservador, les han sucedido la confianza y la buena convivencia, susceptibles de reinventar a las comunidades de antaño. Las contradicciones del sistema monetario oficial han sido superadas, ¡el tiempo vale más que el dinero! Y el *savoir-faire* de los hombres, ilimitado, recupera un puesto de calidad.

Los sistemas de intercambio locales (SEL) funcionan según un principio comparable, puesto que trabajos de reparación de la vivienda pueden ser trocados por el cuidado de niños, la confección de una prenda de vestir, cursos de idiomas, masajes, utensilios de jardinería... Reaparece la trilogía del don —es decir, esa triple obligación de dar, recibir y devolver que, según el antropólogo Marcel Mauss, es la base de toda vida social—; una forma de deuda simbólica vincula a los diferentes sujetos que fabrican juntos una historia común, y la moneda (unas «pastillas», unas «nueces de coco», unos «gorriones», unas «ranas»...) es solo un intermediario de intercambios realizados de común acuerdo, siendo menos frecuentes los SEL igualitaristas (una hora de plancha a cambio de una hora de clase de inglés, por ejemplo).

La riqueza de la que estamos hablando aquí no tiene nada que ver con la que los financieros introducen habitualmente en el PIB. Cada uno aporta su disponibilidad, su dinamismo, su creatividad, su generosidad. Y si el endeudamiento no va seguido de una oferta compensatoria, el culpable se enfrenta lógicamente al oprobio de los *selistas*. Esta alternativa destaca la importancia de lo social, fomenta la producción local en un marco a la vez legal e informal, y limita las presiones sobre el medio ambiente.

Las experiencias alternativas de economía solidaria, paralela, plural, social, incluso fuera del campo estrictamente económico (toda la vida asociativa llevada al límite) son innumerables. Podríamos hablar de las redes de intercambio de saberes, de los huertos familiares, de los huertos compartidos, de los *Restos du cœur* (Restaurantes del corazón), de Emaús, de la experiencia de Ítaca y del *time dollar*, del WIR suizo que estuvo haciendo sus ensayos a lo largo de sesenta años como amortizador de las crisis financieras y monetarias, etc., pero todo esto entra más o menos en el vasto campo de la filantropía.

«Las experiencias alternativas de economía solidaria son innumerables.»

Más raras y por ello más significativas son las experiencias que afectan a las verdaderas empresas productoras. Mencionemos solo dos.⁵⁷ La sociedad cooperativa de producción (SCOP) Ardelaine, situada en Saint-Pierreville, en las Ardes, y la sociedad anónima de participación obrera (SAPO) Ambiance Bois, establecida en la meseta de Villevaches, son la demostración, desde hace varios años, de una reconquista de la economía local acompañada del «vivir y trabajar de otro modo» tan conocido por los movimientos alternativos. Ardelaine fabrica colchones y rellenos nórdicos, pero también toda una gama de prendas de pura lana para niños y adultos. Ambiance Bois propone materiales duraderos, productos saludables, a saber, artesonados, parquets y tablillas para tejados de alerce. Ambas empresas ponen de relieve una gestión colectiva y transparente de su actividad, colocando en un nivel equivalente capital y trabajo. La escala de salarios está reducida a su mínima expresión, y la jornada laboral, libremente determinada, permite una organización autónoma de la esfera privada así como un compromiso ciudadano con la vida local, municipal o asociativa. Tanto en las Ardes como en la Creuse, se controlan todas las etapas de los procesos de producción, se traban estrechos vínculos con los ganaderos del departamento o las cooperativas forestales regionales y, desde el nacimiento de los proyectos, el respeto de las normas medioambientales se presenta como la mayor preocupación. La economía y la moneda se ponen al servicio del hombre que, de esta manera, ya no está totalmente subordinado a la temible lógica del beneficio.

5. El tiempo en retroceso

Es ya un clásico acusar a los partidarios del decrecimiento de querer devolver a la humanidad, a escoger, a la edad de las cavernas, a las velas o a la oscura Edad Media. Hablemos claro: la regresión en determinados consumos y en determinadas producciones es necesaria. De todas maneras, ¿se trata de una vuelta atrás o de un repliegue táctico? ¿Quién se anticipa y quién llega tarde? Cuando una tropa se encuentra comprometida en un callejón sin salida y debe dar media vuelta, la retaguardia se encuentra de repente en la vanguardia... No se trata tanto de recorrer en sentido inverso el condenado camino del crecimiento ilimitado como de inventar uno en otra parte. Si nos liberamos de la concepción lineal del tiempo, ya no tenemos solamente un antes y un después, existen todas las demás direcciones. En cualquier caso, recuperar una huella ecológica sostenible, ya lo hemos visto, manteniéndose todo igual por otra parte, llevaría a Francia al nivel de los años sesenta, que tampoco era exactamente la edad de piedra...

Pero la cuestión no es ésta, sino la de la filosofía subyacente al proyecto, al que inscribimos plenamente en la filiación de la Ilustración, para lo mejor y no para lo peor,

de una emancipación de la humanidad y de la realización de una sociedad autónoma. Por supuesto, debemos hacer un inventario crítico de la humanidad. El proyecto de la Ilustración contenía una terrible ambivalencia. Si bien aspiraba a liberar al hombre de la sujeción a la trascendencia, a la tradición y a la revelación, esas garantías tutelares del antiguo régimen, uno de los medios para ello era la voluntad de dominio racional de la naturaleza mediante la economía y la técnica. Y es así como la sociedad moderna se ha convertido en la sociedad más heterónoma de la historia humana, sometida a la dictadura de los mercados financieros y a la mano invisible de la economía, así como a las leyes de la tecnociencia.

La artificialización del mundo llega incluso a comprometer la identidad del hombre. El desenlace del proyecto de autonomía por la huida hacia adelante tecnocientífica es la pérdida de la identidad del hombre mismo, el transhumanismo. Pensamos que así nos emancipamos de las trabas vinculadas a nuestro condicionamiento genético. ¿Pero por qué querer sobreponer las barreras biológicas que nos limitan si no es por rechazar la condición humana? Ese proyecto tecnoeconómico se sostiene sobre esta visión pesimista de la naturaleza humana, vista como pecadora y dominada por las tristes pasiones, propia de la tradición agustiniana, que rechaza la animalidad del hombre y duda del poder de la razón. A fin de cuentas, es una verdadera redención tecnicista la que propone la ideología del progreso. Pero al mismo tiempo, ese rechazo de la condición humana es una abdicación y una sumisión al dictado de los resultados tecnocientíficos. La voluntad de poder se descubre, aún en nuestros días, en el rechazo del debate democrático acerca de la investigación científica y técnica.

El decrecimiento comporta nuevos esfuerzos para reanudar desde el principio el programa de emancipación política de la modernidad afrontando las dificultades que plantea su realización. La experiencia auténticamente democrática instaura una experiencia de una trascendencia del hombre en el hombre que permite salir de las aporías del igualitarismo.

«El decrecimiento comporta nuevos esfuerzos para reanudar desde el principio el programa de emancipación política de la modernidad.»

Si el decrecimiento y el proyecto de construcción de una sociedad autónoma realizan el sueño de emancipación de la Ilustración y de la modernidad, que sigue siendo un aporte fundamental de la cultura occidental, no será liberándose de su inserción en la naturaleza ni de su arraigamiento en la historia, sino, al contrario, asumiendo la doble herencia de nuestra naturalidad y de nuestra historicidad. Nosotros participamos plenamente de la naturaleza de la que nacimos y de la que vivimos. Viviendo en la naturaleza y de la naturaleza, tenemos no obstante la particularidad de representárnosla y

de representar nuestra vida como una aventura que se desarrolla en el tiempo. Estamos construidos también por la historia que creamos. Negar la evidencia de los límites físicos, descuidar los suelos, el agua, el clima, el papel irremplazable de las abejas y más en general de la biodiversidad, es lo que hacen los economistas. El drama es que, hoy en día, todos nos hemos convertido más o menos en economistas.

La descolonización del imaginario pasa también por el cambio de la mirada que dirigimos hacia los «pobres» del Sur. Ya es hora de considerar que, desde muchos puntos de vista, las comunidades resilientes de África o de Papuasia no llevan retraso sino que, al contrario, desde ciertos puntos de vista, *se anticipan*, y que debemos ponernos a escucharlas para reconstruir algún sentido en nuestras sociedades a la deriva. Es necesario que recuperemos ese «poder de los pobres», es decir, la capacidad de autonomía gracias a la fuerza interior.⁵⁸ La ignorancia, la indiferencia, el descuido, la negligencia son, sin duda alguna, los medios para preservar la ideología del crecimiento, que nos llevan al peligro de vivir trágicamente una catástrofe ecológica y social arrastrada desde hace varios decenios. Deberemos deshacernos de la huella económica para no olvidar nuestra huella ecológica.

«Ya no podemos venerar el santo crecimiento “haciendo como si”.”

Ya no podemos reproducir hasta el infinito nuestro modelo de consumo y de producción «haciendo como si» las contaminaciones de toda clase fueran solo una impresión del espíritu y el desarreglo climático un ardid electoral. Ya no podemos seguir produciendo aviones, coches y centrales nucleares «haciendo como si» las reservas de petróleo fueran inagotables. No podemos creer que la tecnociencia es ciega «haciendo como si» los investigadores fueran a encontrar, fuera del alcance de las apuestas políticas y económicas, soluciones milagrosas y sin riesgo para problemas cada vez más complejos. Ya no podemos venerar el santo crecimiento «haciendo como si» el paro, la precariedad o las desigualdades fueran a borrarse de una vez por todas gracias a él. No podemos continuar enriqueciéndonos, nosotros pueblos del Norte, «haciendo como si» los pueblos del Sur fueran a pisarnos los talones cuando las diferencias entre nosotros son cada vez más profundas y el Norte se enriquece a costa del Sur, aprovechándose, notablemente, del reembolso de la deuda. Ya no podemos deshacernos ni cansarnos del debate político u olvidar la urgencia de una reapropiación de las apuestas democráticas «haciendo como si» el compromiso ciudadano y responsable perteneciera solamente a los elegidos.

^{31.} PROUDHON, Pierre Joseph, *La Guerre et la Paix*, tomo II, págs. 145-148, citado por FOURNIÈRE, Eugène, 1904; recuperado en la revista del MAUSS, n.º 31, 1er semestre 2008, pág. 88.

^{32.} COCHET, Yves, *Antimanuel d'écologie*, Bréal, 2009, pág. 247.

^{33.} ILLICH, Ivan, *Énergie et équité*, Seuil, 1977 (trad. cast.: *Energía y equidad*, Barral Editores, Barcelona, 1975); DUPUY, Jean-Pierre y ROBERT, Jean, *La trahison de l'opulence*, PUF, París, 1976 [trad. cast.: *La traición*

- de la opulencia*, Gedisa, Barcelona, 1979].
34. ILLICH, Ivan, *Énergie et équité*, *op. cit.*, pág. 80.
 35. GORZ, André, *Ecologie et politique*, Points Seuil, 1978, pág. 86.
 36. Ver DRAPERI, Jean-François, *Godin, inventeur de l'économie sociale*, Éditions Repas, 2008.
 37. *La Décroissance*, n.º 39, mayo 2007.
 38. PETRINI, Carlo, «Militants de la gastronomía», *Le Monde Diplomatique*, julio 2006.
 39. Famosa por la película de Jean-Paul Jaud, *Nos enfants nous accuseront*.
 40. KOPKINS, Rob, *The transition handbook. From oil dependancy to local resilience*, Green Books Ltd, 2008.
 41. BOOKCHIN, Murray, *Pour un municipalisme libertaire*, Atelier de création libertaire, Lyon, 2003.
 42. HEINBERG, Richard, *Peak everything*, New Society Publishers, 2007, citado por Y. Cochet, *op. cit.*, pág. 229.
 43. Movimiento de Empresas en Francia, organización patronal francesa que representa a nivel nacional a unas 750.000 empresas principalmente de tipo PYME y de los sectores de la industria, el comercio y los servicios. (*N. de la t.*)
 44. «El consumo de televisión constituye la más importante ocupación del tiempo libre en el mundo, con un promedio de consumo televisivo diario de 217 minutos en Europa occidental y de 290 en Estados Unidos.» BRUNI, Luigino, *La ferita dell'altro. Economia e relazioni umane*. Il Margine, Trento, 2007, pág. 172.
 45. Ver la experiencia del PADES (Programa de autoproducción y de desarrollo social), «Autoproduire pour se reconstruire» en *Silence*, n.º 360, septiembre 2008.
 46. FLAHAUT, François, *Le crépuscule de Prométhée. Contribution à une histoire de la démesure humaine*, Mille et une nuits, 2008, pág. 262.
 47. RUFFOLO, Giorgio, *Il capitalismo ha i secoli contati*, Gli struzzi Einaudi, 2008, pág. 206.
 48. La evolución y los perfeccionamientos del cálculo han modificado estas cifras, aunque no de manera significativa.
 49. Leer GADREY, Jean y JANY-CATRICE, Florence, *Les nouveaux indicateurs de richesse*, La Découverte, 2005, pág. 69.
 50. Como reacción contra el *fast-food* cuya fórmula da Yves Cochet: «Unos productores mal pagados + una energía poco cara + un bajo coste de transporte + una transformación por proletariado extranjero + impactos medioambientales y sanitarios no contabilizados = una alimentación “moderna” a buen precio para consumidores occidentales presurosos.», *Pétrole apocalypse*, Fayard, 2005, pág. 66.
 51. Leer PETRINI, Carlo, «Militants de la gastronomía», *Le Monde Diplomatique*, agosto 2006.
 52. FOURIER, Charles, *La fausse industrie*, VIII, vol. I, pág. 38.
 53. LIETAER, Bernard, «Des monnaies pour les communautés et les régions biogéographiques: un outil décisif pour la redynamisation régionale au XXI^e siècle», en Blanc, Jérôme, *Exclusion et liens financiers. Monnaies sociales*, Informe 2005/2006, Economica, pág. 76.
 54. Vér LIETAER, Bernard, y KENNEDY, Margrit, *Monnaies régionales. De nouvelles voies vers une prospérité durable*, Éditions Charles Léopold Mayer, París, 2008 [trad. cast.: *Monedas regionales: nuevos instrumentos para una prosperidad sustentable*, Asociación Cultural la Hidra de Lerna, Almería, 2010]. Podríamos visionar también la película *La double face de la monnaie* de GAILLARD, Vincent, y POLIDOR, Jérôme, TINA Films, La Mare aux canards.
 55. Con 100 dólares, por ejemplo, con un banco de inversiones podemos obtener 1000 dólares que permiten tomar posición en el mercado de derivados (futuros) por 375.000 dólares.
 56. Citado por LIETAER, Bernard, y KENNEDY, Margrit, *op. cit.*, pág. 204.
 57. Miembros, ambos, del *Réseau d'échanges et de pratiques alternatives et solidaires* (REPAS), ver: BARRAS, B., BOURGEOIS, M., BOURGUIGNAT, E. y LULEK, M., *Quand l'entreprise apprend à vivre*, Éditions Charles Léopold Mayer, 2002; BARRAS, Béatrice, *Moutons rebelles, Ardelaine, la fibre développement local*, Éditions Repas, 2003; LULEK, Michel, *Scions... travaillait autrement? Ambiance bois, l'aventure d'un collectif autogéré*, Éditions Repas, 2003.
 58. RAHNEMA, Majid, y ROBERT, Jean, *La puissance des pauvres*, Actes Sud, 2008.

› Vivir el mismo mundo de una manera distinta

Hemos llegado a una bifurcación decisiva, dice Woody Allen. Una vía nos conduce a la extinción de la especie, la otra a la desesperación. Y añade: «Espero que sepamos hacer la elección correcta...». La primera vía es la que seguimos nosotros. La segunda, la del crecimiento negativo que genera hambre, guerras y pandemias. Esta corre el riesgo de ser administrada por un poder totalitario que impone por medio de la violencia un racionamiento drástico de los recursos limitados en beneficio de un pequeño número de privilegiados y sacrificando a la mayoría. De la misma manera que la sociedad de crecimiento se desarrolló mucho después del nacimiento del capitalismo, este podría sobrevivir a su hundimiento. Esto quiere decir que una economía capitalista podría funcionar incluso con escasez de recursos naturales, con un desarreglo climático, etc. Es la parte de verdad que comparten los defensores del desarrollo sostenible y los partidarios del capitalismo de lo inmaterial. Las empresas (algunas, al menos) podrían seguir creciendo, viendo aumentar tanto su facturación como sus beneficios, mientras que el hambre, las pandemias y las guerras exterminarían a las nueve décimas partes de la humanidad. Los cada vez más escasos recursos aumentarían más que proporcionalmente de valor. La escasez de petróleo no perjudica la salud de las firmas petrolíferas, sino todo lo contrario. Si no ocurre lo mismo con la pesca, es debido a la existencia de sustitutos para el pescado cuyo precio no puede crecer en proporción a su escasez. El consumo disminuirá en sustancia mientras que su valor seguirá aumentando. Ya vemos dibujarse aquí y allí las premisas de ese orden ecofascista o ecototalitarista.

El decrecimiento representa una tercera vía, la de la sobriedad voluntaria. Para ello, debemos inventarnos otro modo de relacionarnos con el mundo, con la naturaleza, con las cosas y los seres, que tenga la propiedad de poder universalizarse a escala de la humanidad. Esta perspectiva no es triste. Las sociedades que autolimitan su capacidad de producción son, también, sociedades festivas. Cuando decimos que hay otro mundo y que está en este, queremos decir que podemos y debemos vivir el presente de una manera distinta. Acogemos la apertura de una salida de la economía, la escapada hacia una sociedad y una civilización emancipadas y autónomas.

La utopía es una visión imaginaria del futuro, visión que no es ni totalmente fantasmal ni una pura creación, sino una afirmación a partir de la negatividad del presente, la aberración de una sociedad de crecimiento sin límites. La referencia a unos nuevos ideales pesa ya sobre la realidad, explorándose a la vez las posibilidades objetivas de su puesta en marcha. Sin esta hipótesis de que otro mundo es posible, sencillamente no hay política, sino solo la gestión administrativa y tecnocrática de los hombres y de las cosas.

«El decrecimiento representa una tercera vía, la

de la sobriedad voluntaria.»

Podemos inquietarnos por la radicalidad de los trastornos que anuncia el decrecimiento, pues este implica una ruptura en nuestros hábitos y nuestros comportamientos. Sin embargo, gracias a las prácticas innovadoras que propone, podemos construir el proyecto de una verdadera solidaridad con las futuras generaciones y pensar en un porvenir más sereno para la humanidad.

› Léxico

Bienes relacionales: Servicios mercantiles (y aún más no mercantiles) de fuerte contenido interpersonal, que van desde hacer de canguro hasta acompañar en la muerte, pasando por la amistad y el amor, así como también los masajes o el psicoanálisis.

Biorregiones: La biorregión, o ecorregión, puede ser definida como una entidad espacial coherente que traduce una realidad geográfica, social e histórica. Puede ser más a menos rural o urbana. La biorregión urbana, constituida por un complejo conjunto de sistemas territoriales locales dotado de una fuerte capacidad para la autosostenibilidad ecológica, pretende la reducción de las deseconomías externas y del consumo de energía.

Chiemgauer: Es una de las 28 monedas regionales que circulan con éxito en Alemania. Las hay igualmente en Japón y en Suiza. El economista belga Bernard Lietaer dice acerca de ellas: «Las monedas regionales no permitirán evitar la crisis, pero estoy seguro de que podrán reducir su duración y su profundidad. Con una moneda regional, las empresas podrán prestarse dinero entre ellas y mantener empleadas a las personas.» (*Politis*, n.º 1031, diciembre 2008.)

Consumo final: Lo realiza el consumidor, que satisface así una necesidad. El kilo de tomates comprado en la plaza del mercado es un consumo final.

Consumos intermedios: Conjunto de bienes y de servicios mercantiles destruidos (incorporados) cuando es la empresa la que realiza la producción. La tonelada de tomates comprados por un fabricante de concentrado de tomate es un consumo intermedio.

Deseconomías externas: ver Externalidades.

Ecomunicipalismo: Proyecto de organización de una sociedad ecológica propuesto por el pensador anarquista Murray Bookchin. Esta estaría constituida por un municipio de pequeños municipios, cada uno de los cuales estaría formado por una «comunidad de comunidades» más pequeñas, viviendo todas ellas en perfecta armonía con su ecosistema.

Economismo: Forma de análisis marxista según la cual todos los acontecimientos encuentran su explicación en la vida material de los hombres. La manera de pensar, los valores y los sentimientos se explicarían por la economía y la marcha continua del progreso técnico. De una manera más general, el economismo coloca los hechos económicos en el centro de las explicaciones de los comportamientos políticos y sociales. «Admitir como verdades absolutas las propuestas de los economistas es pasar de la economía, una disciplina científica entre otras, al economismo, integrismo tan devastador como los integrismos religiosos.» (Albert Jacquard)

Excrecencia: Designa el crecimiento que sobrepasa la huella ecológica sostenible. La excrecencia se corresponde bastante bien con el consumo excesivo, es decir, con un nivel de producción que globalmente sobrepasa el nivel capaz de satisfacer de las necesidades «razonables» de todos.

Externalidad: Se trata de una relación entre agentes económicos (muy a menudo del productor hacia el consumidor), que tiene una influencia positiva o negativa sobre su bienestar, sin que esta esté mediatisada por el sistema de precios. Esas externalidades forman parte de los «fallos de mercado» (*market failures*). Se habla también de efecto externo. Cuando este es positivo (por ejemplo, el ministerio francés de Educación concede a los futuros trabajadores una formación que beneficia a las empresas), se trata de una economía externa, cuando es negativo (una fábrica que arroja productos contaminantes a un río), utilizaremos la expresión **deseconomía externa**.

FAO: Food and Agriculture Organization, u Organización internacional para la Agricultura y la Alimentación. Es una de las organizaciones especializadas de las Naciones Unidas. Tiene su sede en Roma.

Flexibilidad laboral: Para los economistas neoclásicos, la flexibilidad de los precios permite mantener un equilibrio entre la oferta y la demanda de los productos. Asimismo, consideran que, en el mercado laboral, la flexibilidad de los salarios favorece la igualdad entre la oferta y la demanda de trabajo. De esta manera, en una época de paro, el descenso de los salarios permitirá reabsorber el desempleo. De una manera general, la flexibilidad permite una adaptación a la evolución de la situación global de la economía. Así pues, el trabajo, según la teoría neoclásica, debe ser también flexible. El asalariado, por ejemplo, será polivalente, y aceptará una modulación de sus horarios según la evolución de la actividad de la empresa. Esta podrá contratar y despedir libremente o subcontratará una parte de sus tareas.

Hiperconsumo: Es un consumo desmesurado, excesivo, que se desarrolla más allá de lo razonable, a causa, especialmente, del condicionamiento publicitario y de la obsolescencia programada de los objetos de consumo.

Huella ecológica: «La huella ecológica de una población representa la superficie terrestre productiva de suelos y de océanos necesaria para suministrar los recursos consumidos por dicha población y asimilar sus residuos y otros desechos.» (Mathis Wackernagel) A modo de ejemplo, las actividades de producción y de consumo francesas utilizaban, en 1999, algo más de 300 millones de hectáreas. (Jean Gadrey y Florence Jany-Catrice, *Les nouveaux indicateurs de richesse*, La Découverte, 2005.)

LBO: En inglés: *leveraged buy-out*. Consiste en la compra de una empresa a través de un préstamo bancario que representa una parte importante (el 70%, por ejemplo) de su valor de adquisición. Este endeudamiento será cubierto por los beneficios realizados por la empresa adquirida. La deuda LBO permite pues a la empresa financiar su propia

compra. La rápida exigencia de una muy alta rentabilidad financiera por parte de los nuevos propietarios perjudicará a los asalariados, víctimas de despidos causados por la reducción de costes salariales y por la práctica corriente de la deslocalización de la actividad productiva.

Mano invisible: Adam Smith hizo referencia en dos ocasiones a la célebre *mano invisible*. La primera, aparece en la *Teoría de los sentimientos morales* (1759). Los ricos, dado su desahogo material, su codicia y su egoísmo, desean acceder a bienes de consumo poco frecuentes. Harán fabricar esos productos a los asalariados más pobres. Así, la riqueza acumulada egoístamente por algunos permitirá servir a los intereses de los más desposeídos ofreciéndoles un empleo asalariado. La segunda, se encuentra en *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776). Persiguiendo solo su propio interés personal (el enriquecimiento), el productor (el carnicero, por ejemplo) sirve ventajosamente a sus clientes ofreciéndoles, en un mercado de competencia, los mejores productos.

En ambas situaciones, un mecanismo anónimo, providencial (la mano invisible) orientará los intereses individuales hacia el interés general. En consecuencia, según los liberales, los automatismos del mercado permitirán asociar progreso económico y bienestar social.

PIB: Producto interior bruto. Es el indicador definido por la contabilidad nacional y fijado para ilustrar el fenómeno de crecimiento económico. El PIB es igual a la suma de los valores añadidos. Dicho de otro modo, es el conjunto de las riquezas económicas producidas, a saber, el conjunto de los bienes y de los servicios producidos y vendidos que han sido objeto de un trabajo remunerado. La noción de riqueza aquí mencionada es discutible, puesto que no se fija lo que se puede medir. Algunos actos gratuitos (la visita de un amigo, de un allegado, los gestos tiernos y enamorados de la pareja sexual...) son eliminados de esa contabilidad... ¡aun cuando son preciosos y no carecen de riqueza! Al hablar de crecimiento, deberíamos precisar el crecimiento del PIB. Independientemente de que el crecimiento sea fuerte, moderado, flojo o exponencial, es el porcentaje de variación del PIB lo que está en tela de juicio.

Productivismo: Aumento indefinido del poder productivo con vistas a satisfacer la exigencia de bienestar social. El productivismo descansa pues en la necesidad de producir siempre más. Esta visión es común a los liberales y a los marxistas. Para los primeros, el crecimiento ilimitado será realizado por la dinámica de los mecanismos del mercado y del capitalismo, eliminando los obstáculos para su funcionamiento. Para los segundos, será realizado por la lógica del desarrollo de las fuerzas productivas liberadas de la propiedad privada y puestas al servicio del proletariado.

Resiliencia: Concepto tomado prestado de la ecología científica que mide la capacidad de un ecosistema para resistir a los cambios de su medio ambiente. La resiliencia puede ser definida como la permanencia cualitativa de la red de interacciones de un ecosistema, o bien, de una manera más general, como la capacidad de un sistema para absorber las

perturbaciones y reorganizarse conservando esencialmente sus funciones, su estructura, su identidad y sus retroacciones.

Slow City: Se trata de una red mundial de ciudades medianas, constituida a continuación de la del Slow Food, que limitan voluntariamente su crecimiento demográfico a 60.000 habitantes. Más allá resultaría imposible hablar de *local* y de *lentitud*.

Sociedad autónoma: Es la sociedad que define ella misma sus propias leyes. Cornélius Castoriadis precisa que en la sociedad autónoma «los ciudadanos tienen una misma posibilidad efectiva de participar en la legislación, el gobierno, la jurisdicción y, finalmente, la institución de la sociedad». En ella, pues, los individuos son libres y soberanos, su autonomía se conjuga con la de la sociedad que se vuelve entonces auténticamente democrática. A la inversa, una sociedad heterónoma recibe del exterior las leyes que rigen su organización. Hoy en día, en un espacio mundializado, lo político se somete a lo económico. Los mercados financieros, la competencia libre y no falseada y la búsqueda obsesiva de la rentabilidad privan, precisamente, a los Estados-nación de cualquier margen de maniobra autónoma.

Sociedad termoindustrial: Alain Gras demuestra que, en el nacimiento de la revolución industrial, los hombres hicieron «la elección del fuego» y así dejaron de lado el agua, el viento y la tierra para organizar la producción. Explotaron prioritariamente la combustión de las energías fósiles (carbón, petróleo) y abandonaron las energías renovables. Actualmente, en nombre de un evolucionismo tecnológico persistente (y discutible) —con el pretexto de no poder detener el progreso—, utilizan el calor de la energía nuclear.

Tecnociencia: Según Jacques Testart, avanzamos hacia «el cumplimiento de un proyecto de alienación de la ciencia a la tecnología». De ahora en adelante la investigación científica ha terminado. El investigador depende con mayor frecuencia de las potencias económicas, de las industriales y del poder político. Las plantas modificadas genéticamente, por ejemplo, son el fruto de investigaciones científicas financiadas por grandes grupos multinacionales. Como dice Olivier Rey: «La ciencia ya no está aquí para ilustrar al mundo sino para servirle.»

Termoindustrial: ver Sociedad termoindustrial.

Toytismo: Método de trabajo propuesto, en la década de 1950, por el ingeniero japonés Taïchi Ohno, de la compañía Toyota, que se inspiraba en los principios del supermercado americano. El obrero debe disponer de las «mercancías» preparadas de antemano (dicho de otro modo, de las piezas sueltas) con el fin de producir según las exigencias del destinatario y ya no del proveedor como en el sistema taylorfordiano.

Se reducen las existencias, se implanta la inmediatez tanto en la fabricación como en la compra de los productos y la calidad de estos se convierte en la principal preocupación. El asalariado ya no está destinado a una única tarea, es polivalente y puede incluso interrumpir el ritmo de la cadena.

Sin embargo, los métodos de racionalización laboral se han extremado y engendran a menudo estrés, lo que hace que el toyotismo se asemeje a un neotaylorismo.

Transhumanismo: Por definición, que se sitúa más allá de lo humano. Creencia según la cual es posible e incluso deseable superar a la humanidad fabricando una especie superior (cibernantropa u otra). Un hombre modificado genéticamente sería muestra del transhumanismo.

Velocidad generalizada: «La velocidad generalizada de un medio de transporte tiene en cuenta la cantidad de trabajo que necesita realizar aquel que lo utiliza para adquirir el medio de ser transportado. Para obtenerlo, hay que dividir el kilometraje anual efectuado por ese medio de transporte por el tiempo pasado durante un año en ese medio de transporte y en el exterior, por ejemplo, para ganar con qué pagarlo. Jean-Pierre Dupuy calculó que, para todas las clases «medianas», la velocidad generalizada de la bicicleta es igual o superior a la del automóvil; solo los muy ricos ganan realmente tiempo yendo en coche. Los demás no hacen más que efectuar transferencias entre tiempo de trabajo y tiempo de transporte.» (Jean Robert, *Le temps qu'on nous vole*, Le Seuil, 1980, pág. 64, citado por Alain Gras, *Le choix du feu*, Fayard, 2007, pág. 218.)

› Bibliografía

- BRUNE, François, *De l'idéologie aujourd'hui*, Parangon, 2004.
- COCHET, Yves, *L'antimanuel d'éologie*, Bréal, 2009.
- GORZ, André, *Écologie et politique*, Seuil, 1978 (trad. cast.: *Ecología y política*, Ediciones 2001, Barcelona, 1982).
- GRAS, Alain, *Le choix du feu*, Fayard, 2007.
- KEMPF, Hervé, *Pour sauver la planète, sortez du capitalisme*, Seuil, 2009.
- LATOUCHE, Serge, *Le pari de la décroissance*, Fayard, 2006 (trad. cast.: *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona, 2009).
- LATOUCHE, Serge, *Petit traité de la décroissance sereine*, Mille et une nuits, 2007 (trad. cast.: *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona, 2009).
- LEGROS, Bernard y DELPLANQUE, Jean-Noël, *ECO_JE. L'enseignement face à l'urgence écologique*, Aden, 2009.
- RAHNEMA, Majid y ROBERT, Jean, *La puissance des pauvres*, Actes Sud, 2008.

› SOBRE LOS AUTORES



Serge Latouche, célebre economista y filósofo francés, es profesor emérito en la Facultad de Derecho, Economía y Gestión de la Universidad París-XI (Orsay), especialista y militante del decrecimiento. Es presidente de la asociación de los Amigos de Entropia (Revista de estudio teórico y político del decrecimiento) y autor de numerosas obras sobre el tema, algunas de ellas ya traducidas al castellano: *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, *Decrecimiento y posdesarrollo*, *La apuesta por el decrecimiento* y *Sobrevivir al desarrollo*, entre otras.



Didier Harpagès es profesor de instituto de Ciencias económicas y sociales y militante del decrecimiento.



Ser niño

Torras de Beà, Eulàlia

9788499217543

113 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hoy en día, desde los estudios y las investigaciones que se iniciaron en el siglo pasado sobre la evolución del bebé, sabemos la gran importancia que tiene el primer año de vida (o incluso los dos o tres primeros años) para el progreso emocional, motor e intelectual del niño hasta la edad adulta.

Muchos factores contribuyen a la forma como el bebé evoluciona desde el principio de su vida; entre ellos es central la relación y las interacciones del bebé con sus padres y personas de su entorno. Cuando esta relación es saludable, aporta los estímulos necesarios para la maduración de su cerebro y la estructuración de su mente, imprescindibles para que todas las otras funciones progresen.

Este libro explica la evolución del bebé en sus primeros años de vida y la contribución de los cuidados de sus padres y otros factores a ella.

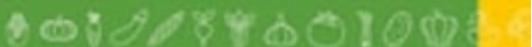
Simultáneamente ofrece orientaciones sobre el cuidado y la educación de los niños según sus características y necesidades. El libro va dirigido a padres, educadores y a todas aquellas personas que participan de una u otra forma en el progreso del niño y en su salud física y mental.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

con>vivencias

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Claves para un
óptimo aprendizaje
y comportamiento



Mercedes Aguirre Lipperheide



Octaedro

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Aguirre Lipperheide, Mercedes

9788499217529

248 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La doctora en Biología Mercedes Aguirre Lipperheide (Getxo, 1966) tiene ya publicados dos extensos libros relacionados con la alimentación, la suplementación y la salud: Guía práctica de la salud en la infancia y la adolescencia (Octaedro, 2007) y Salud adulta y bienestar a partir de los 40 (Octaedro, 2011). En este tercer libro, saca a relucir la importancia que la alimentación (y puntualmente la suplementación) puede llegar a tener de cara a apoyar el desarrollo cognitivo y emocional de niños y adolescentes, un aspecto que gana más relevancia, si cabe, en aquellos jóvenes que tienen un problema declarado en dichos ámbitos. La escalada de niños etiquetados con algún problema de aprendizaje y/o comportamiento (TDA/TDAH, problemas de concentración, dislexia, etc.) resulta en ocasiones llamativa y necesariamente requiere un análisis más profundo sobre sus posibles orígenes.

En esto se centra precisamente este libro. Por un lado, se intenta explicar al lector, de una manera didáctica y cercana, las bases que sustentan una adecuada maduración cerebral, para luego poder entender qué puede ir mal en este proceso que explique posibles problemas de aprendizaje y/o comportamiento (primera parte). La segunda parte del libro, más extensa, se centra en analizar nuestra alimentación y el modo en que puede afectar, para bien o para mal, el desarrollo cognitivo y/o de comportamiento de niños y adolescentes. Este enfoque es, sin duda, novedoso y a buen seguro va a ayudar a muchos padres a entender mejor cómo apoyar las necesidades de sus hijos, bien sea para reforzar un adecuado desarrollo cognitivo y emocional o, en caso de existir alguna alteración, para superarla con mayor éxito.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Gemma Lluch
Felipe Zayas

RECURSOS
EDUCATIVOS

Leer en el centro escolar

El plan de lectura



Octaedro
Editorial

Leer en el centro escolar

Zayas Hernando, Felipe

9788499217925

160 Páginas

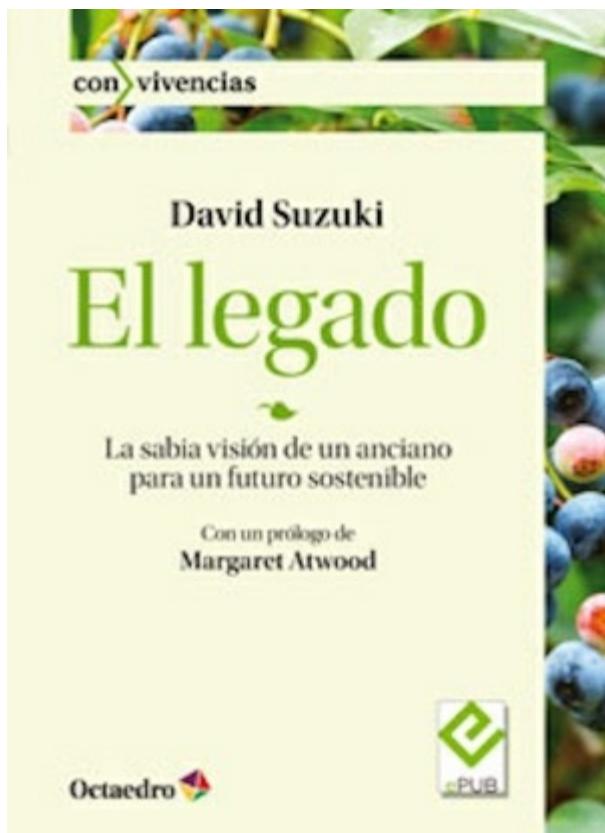
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ser lector competente es imprescindible en la actualidad para satisfacer necesidades personales, actuar como ciudadanos responsables, alcanzar los objetivos académicos, lograr la cualificación profesional y seguir aprendiendo a lo largo de la vida.

La competencia lectora incluye destrezas muy complejas que hasta hace varias décadas eran logradas únicamente por una minoría de la población y que en la actualidad constituyen un objetivo básico en todos los niveles escolares. La magnitud de este objetivo incita a promover, en los centros, planes de lectura que impliquen a toda la comunidad educativa.

Este libro está concebido como una ayuda para elaborar y poner en marcha los planes de lectura en los centros escolares: se define el marco conceptual en el que se puede basar el plan, se dan criterios para analizar el marco contextual al que se han de adecuar las acciones programadas, se describen estas acciones y se proporcionan criterios y medios para su evaluación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El legado

Suzuki, David

9788499213446

128 Páginas

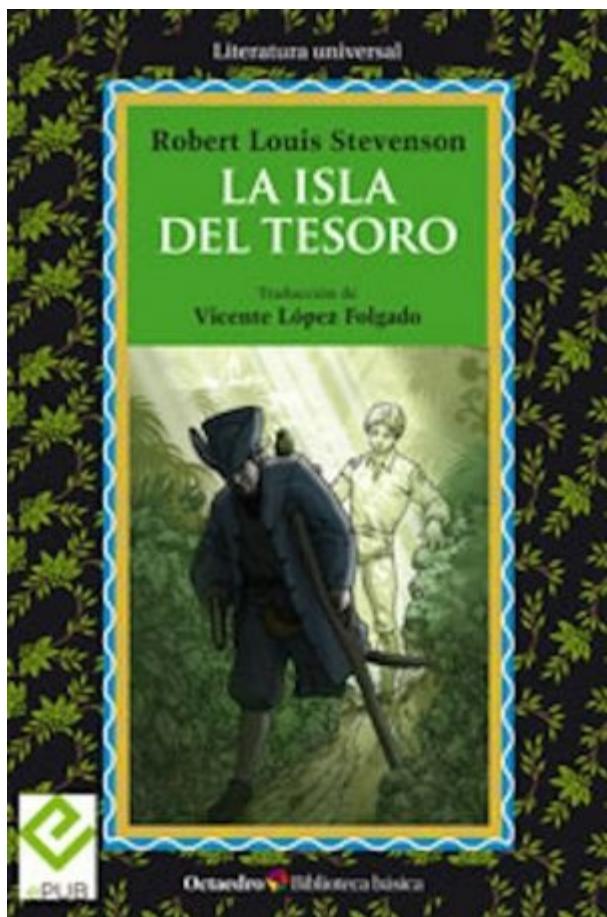
[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué diría David Suzuki, uno de los ancianos más preeminentes del planeta, si tuviera que resumir en una última clase magistral todo lo que ha aprendido durante su vida? El legado es una versión ampliada de la conferencia que pronunció en diciembre del 2009 y que constituye el núcleo de una película del 2010 titulada Force of Nature («La fuerza de la naturaleza»). Suzuki narra la fascinante historia de cómo hemos llegado, como especie, a donde estamos hoy y presenta su inspiradora visión para un futuro mejor. Durante toda su vida, Suzuki ha sido testigo de la explosión del conocimiento científico, así como del cambio enorme en nuestra relación con el planeta —la triplicación de la población mundial, una huella ecológica mucho mayor como resultado de la economía global y un enorme crecimiento de la capacidad tecnológica—. Estos cambios han tenido un efecto funesto en los ecosistemas de la Tierra y, por consiguiente, en nuestro propio bienestar.

Para resolver esta crisis, Suzuki sostiene con vehemencia que debemos darnos cuenta de que las leyes de la naturaleza tienen prioridad sobre las fuerzas económicas y de que el planeta, sencillamente, no puede sostener un crecimiento sin restricciones. Debemos admitir también los límites del reduccionismo científico y la necesidad de adoptar un punto de vista más integral. Y, seguramente lo más importante, debemos unirnos —como hemos hecho en otros momentos de crisis— para responder a los problemas a los que nos enfrentamos. Suzuki concluye diciendo que el cambio empieza con cada uno de nosotros; todo lo que se requiere es imaginación para soñarlo y voluntad para hacer del sueño una realidad.

El «legado», en esta clase magistral, contiene palabras crudas y veraces sobre el mundo en que vivimos, pero también esperanzadoras: nuestra oportunidad —si la aprovechamos — para lograr «la belleza, la maravilla y la complicidad con el resto de la creación».

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La isla del tesoro

Stevenson, Robert Louis

9788499216515

252 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Con esta novela, Stevenson llegó a la imaginación de todos los lectores, no solo a la de los más jóvenes. El abanico de personajes que desfilan por esas páginas y poseen al tiempo cualidades loables y deleznables, son (al contrario que los salidos de la pluma de muchos coetáneos suyos más proclives a la lección moralizante) figuras humanas de ricas aristas morales que van más allá de una concepción demasiado simplista de la psicología humana.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

COVER	2
Portada	4
Créditos	7
Ha llegado la hora	9
El final de los tiempos: la necesidad de la ruptura	14
1. La aniquilación productivista del tiempo	14
2. La condena de la rapidez	16
3. La obsolescencia programada	17
4. La eternidad en el presente: el desarrollo sostenible	19
5. La hora de lo virtual	22
6. Vender el tiempo	24
Rehabilitar el tiempo	29
1. Remodelar el espacio-tiempo	29
2. Trabajar menos para vivir mejor	33
3. Reducir las distancias, recuperar la lentitud	37
4. Recuperar lo local	41
5. El tiempo en retroceso	44
Vivir el mismo mundo de una manera distinta	48
Léxico	50
Bibliografía	55
Sobre los autores	56